

CADÁVERES INCOMPLETOS

W. SAMPAS



W. SAMPAS CADÁVERES INCOMPLETOS 63



CADÁVERES INCOMPLETOS



Cadáveres incompletos

Por

W. SAMPAS



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

© Ediciones Toray, S. A. – 1961

Depósito legal B. 6762 - 1961

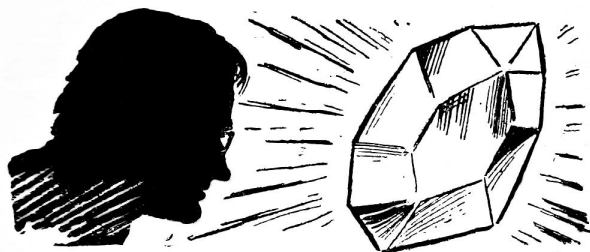
Número de Registro: 289 - 61

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

CADÁVERES INCOMPLETOS



CAPÍTULO PRIMERO

ED CURTIS tenía...

No. Pronunciar la palabra esa hubiese sido peor aún y él lo evitaba con todas las fuerzas de su espíritu mientras se movía inquieto en el lecho de un lado para otro.

No le había sido posible, por muchos esfuerzos que hizo, conciliar el sueño aquella noche que le pareció ser la más larga de toda su vida. Observaba cómo sus compañeros dormían plácidamente. Los ronquidos de algunos de ellos ponían una nota curiosa en el silencio de la noche; él, Red Curtis, estaba allí, con los ojos abiertos y aquel peso angustioso sobre el pecho.

Entre lo que intentó oponer a la obsesión que poblaba su desvelo, estuvo el argumento de sus recuerdos personales. Hizo lo posible por pensar en su pasado, en su casa, en su carrera truncada voluntariamente para ingresar en la Spacial International Police.

Todavía le era posible ver, incluso ahora, con los ojos abiertos y fijos en el techo, su casa, allá en Colorado, una finca campestre donde su padre, el doctor Curtis, vivía solo desde la muerte de su esposa, acaecida cuando Red no tenía más que seis años.

Y a partir de aquel momento. Red recordaba haber vivido con su padre, sin que la servidumbre hubiera jugado un papel importante en su vida. La verdad era que el doctor se ocupó de su hijo, encontrando siempre tiempo para

hacerlo, a pesar del agobiador trabajo que su profesión, en un ambiente rural, le procuraba.

Red había crecido en la clínica de su padre, en contacto directo con instrumentos y libros, lo que había dado por resultado, después, el nacimiento de una afición hacia la Medicina que llenó de gozo el viejo corazón del doctor Curtis. Quizá demasiado.

Porque más tarde, cuando Red se convirtió en un hombre y estaba terminando los estudios del penúltimo año de la carrera, que le pareció haber escogido con pleno conocimiento de causa y una vocación completa, bastó la lectura de un libro recientemente publicado sobre las actividades de la SIP para que todo se viniese abajo y Red plantase sus estudios y corriese a ingresar en los cursos preparatorios que debían sufrir los futuros agentes de la organización policíaca más famosa del mundo.

También recordaba Red con todo lujo de detalles la penosa entrevista que había tenido con su padre.

—¿Estás seguro —le había preguntado el doctor— de que debes abandonar tus estudios?

—Sí, papá.

—¿Puedo saber por qué?

—No tengo vocación para médico. Lo que ha ocurrido, padre, es que ambos creímos que debía ser doctor como tú. Verdad es que el vivir aquí, en la clínica, a tu lado, durante tanto tiempo, me hizo creer que la Medicina era mi profesión. Pero no ha sido así... Yo te ruego que me perdones, padre...

El médico esbozó una sonrisa.

—Red, tú eres quien ha de decidir tu porvenir. Es cierto que me hubiera gustado muchísimo que te hubieses quedado aquí, siguiendo la labor que he hecho en este condado. Tu abuelo también fue médico de este lugar y he llegado a soñar que el nombre de los Curtis seguiría aquí siempre.

—Lo lamento muy de veras, papá.

—¡Qué le vamos a hacer!

Y después de una pausa, preguntó:

—¿Sabes que has elegido una profesión muy peligrosa?

—Sí.

—¿Y te crees capaz de estar a la altura de un agente de la SIP?

—Desde luego.

—Ojalá sea cierto. Porque, vayas donde vayas, me gustaría que no manchases nuestro nombre. Yo te conozco bien, hijo mío, y sé que estás lleno de entusiasmo, que eres impetuoso y noble. Pero tengo mis dudas respecto a tu carácter.

—No te entiendo, papá.

—Ni falta que hace. Puede que se trate sólo de aprensiones mías. Me hago viejo y es muy posible que no sepa enjuiciar las cosas con la nitidez suficiente...

Luego se despidieron. Y Red marchó en avión hacia Washington.

Ahora, en la oscuridad del dormitorio, Red se mordía los labios al percatarse de cuánta razón tuvo su padre al decir que dudaba de él.

Cerró los puños.

“¡Todavía no he perdido la esperanza! —se dijo—. ¡Puedo vencer mañana!”.

Sin embargo, aquella exclamación de esperanza duró muy poco. De nuevo, una especie de rara seguridad en su derrota se apoderó de él.

¡Tenía miedo! ¡Miedo!

Una palabra que todo agente de la SIP debía borrar de su vocabulario. Y para demostrar precisamente la carencia de todo temor, era por lo que se había establecido la prueba definitiva que se desarrollaría a la mañana siguiente.

La llamaban “la prueba de la cornisa”.

Red cerró los ojos con fuerza.

Deseaba descansar, aunque fuese solamente un poco. Porque se daba perfecta cuenta de que su estado físico, al amanecer, iba a ser pésimo. Los otros dormían y descansaban, como verdaderos alumnos de la Escuela, conscientes de la necesidad tenían de encontrarse dispuestos para la prueba final.

Red había pasado todas las teóricas con una buena puntuación. Pero la SIP sopesaba también las pruebas de arrojo personal, ya que la vida de sus futuros agentes dependería en gran parte de ello.

¿Y si fracasaba?

Nunca más se atrevería a presentarse ante su padre. Haría cualquier cosa, poco importaba cuál, pero se iría lejos, donde fuese, para acallar los repudios que ya en aquellos momentos, anticipándose, le hacía su conciencia.

Y las horas fueron pasando, lentas, interminables, haciendo un siglo de aquella noche.

Cuando el alba penetró por los ventanales y los muchachos, que acababan de oír la sirena de diana, se lanzaban alegremente fuera de los lechos, Red les imitó, pero su paso era mucho menos seguro que el de ellos y su entusiasmo no era más que una especie de mueca a flor de piel.

Pasaron a las duchas, y todos rieron, a la vez que comentaban la importancia de la prueba que debían realizar todos después del frugal desayuno.

En el comedor las charlas continuaron, pero Red guardó silencio, mientras tomaba su desayuno sin despegar los labios, haciendo lo imposible por evitar

las miradas de los otros que ante su actitud huraña aquella mañana, no le hicieron mucho caso.

—¡Buenos días, muchachos!

La voz había sonado en la puerta y todos se volvieron en dirección al hombre que se hallaba en el umbral.

Era alto, de anchos hombros y cabellos rubios, rizados y cortos. Iba vestido con un pantalón azul, cerrado por un elástico en los tobillos y un jersey del mismo color, con las iniciales de la SIP bordadas en el pecho.

Su uniforme era igual al de los alumnos, pero dos estrellas doradas en el pecho indicaban su categoría superior.

Se trataba de Charles Lawson, el monitor de la Escuela.

Durante el curso les había demostrado de una manera indudable su dominio completo sobre sus propios músculos a los que imponía, a base de voluntad, una obediencia completa...

La totalidad de los alumnos se pusieron en pie.

—¿Preparados? —preguntó el recién llegado.

Hubo afirmaciones y risas.

También sonreía el monitor, que salió del comedor seguido por los muchachos. Después de bajar las escaleras, salieron al patio de ejercicios, en cuyo centro se elevaba un edificio construido especialmente para ciertas pruebas.

Se trataba de una casa de cuatro pisos, de unos diez metros de lado, perfectamente cuadrada, con la particularidad de no tener puerta alguna. En el primero y segundo piso, sin embargo, había ventanas, y balcones en los otros dos. Un cable de pararrayos bajaba a todo lo largo de la fachada.

Una de las particularidades era que los pisos estaban bordeados de una estrecha cornisa y que en los ángulos que formaban la fachada se veían adornos de piedra, rugosos y complicados.

El grupo se detuvo junto a la casa y el monitor, que se había colocado ante los alumnos, dijo:

—Hoy, muchachos, vamos a llevar a cabo la prueba definitiva. Todos vosotros la habéis hecho más de una vez, en el transcurso de las últimas semanas, pero con red protectora para evitar accidentes —sonrió.

Hizo una pausa; luego, ya serio, continuó:

—Hoy va a ser diferente. No habrá protección alguna. La prueba consistirá en subir por el cable, recorrer la cornisa del primer piso, ascender al segundo por el cable, recorrer la cornisa de éste, subir al tercero por los adornos de la fachada y hacer lo mismo para ascender, por último, al cuarto. De aquí a la terraza puede subirse por el cable del pararrayos.

Se produjo un silencio, que nadie osó romper.

—Quiero deciros —dijo Charles— que esta prueba es la que puntuará definitivamente para vuestro diploma de agentes. Su importancia es mucho mayor de lo que pueda imaginarse, ya que es el más importante de todos los ejercicios que hasta ahora hemos hecho.

“La vida de un agente depende, en el noventa por ciento de los casos, de su serenidad ante el peligro. Y cuando este peligro es constante, como ocurre en esta prueba, la integridad de los reflejos y del sistema nervioso se demuestra de una manera inequívoca.

“Es posible también que quien no comprenda la importancia de la serenidad de los hombres de la Spacial International Police, crea que esta clase de ejercicios puede llegar a ser cruel. Pero está completamente equivocado, ya que es preferible que ahora, los que teman algo, dejen el camino a los que están dispuestos a convertirse en hombres sin miedo.

Todos escuchaban atentamente.

Red, por su parte, hacía inusitados esfuerzos para que nadie se percatase de los estremecimientos que recorrían su cuerpo. Un sudor frío le pegaba la ropa a la piel.

El monitor había sacado una lista y después de un corto silencio, llamó:

—¡Harold Steward!

Un muchacho alto y pelirrojo dio un paso al frente.

—¡Presente!

—¿Estás preparado?

—Sí, señor.

—Puedes empezar.

Harold se dirigió hacia el cable, trepando por él con una agilidad pasmosa. Una vez arriba se deslizó, con el cuerpo pegado a la fachada, por la estrecha cornisa.

Todos sabían que debía realizarse un esfuerzo tremendo, ya que la pared era completamente lisa y que el sujeto de experimentación debía mantenerse en equilibrio sólo con su pies.

No se oía ni una mosca.

El muchacho había dado la vuelta y ya estaba agarrado al cable, por el que trepó al otro piso, repitiendo la marcha por la peligrosa cornisa.

Cuando estuvo en la azotea, una salva de aplausos coreó su hazaña.

Otros repitieron el ejercicio y sólo uno, el que lo hizo antes que Red, obligó a sus compañeros, cuando ya estaba en el tercer piso, a morderse los labios.

En efecto, cuando acababa de dejar el cable y avanzaba por la cornisa, pareció que iba a caer irremisiblemente. Durante unas décimas de segundo su cuerpo se inclinó hacia atrás. Y el monitor y dos de los muchachos, sin poder

contenerse, corrieron hacia la fachada, dispuestos a jugarse el todo por el todo para intentar retener el cuerpo que parecía estar a punto a caer.

Pero no sucedió nada.

Pegándose a la fachada, el muchacho logró controlar nuevamente su equilibrio, permaneciendo inmóvil unos segundos más. Hasta que, recuperada su sangre fría, prosiguió su camino, terminando triunfalmente la prueba.

La ovación que le dedicaron fue cerradísima.

—¡Red Curtis!

Se estremeció, pero dio paso al frente.

—¡Presente!

—¿Dispuesto, Red?

—Sí, señor.

—Entonces cuando quiera...

Curtis se acercó al cable y, afianzándose bien, trepó ágilmente por él hasta poner los pies en la cornisa del primer piso. La imagen de lo sucedido momentos antes a su compañero estaba incrustada con una fuerza tremenda en su mente.

Le temblaba el cuerpo de una forma extraordinaria, a la vez que experimentaba la sensación de que caería, irremisiblemente, en cuanto avanzara un solo centímetro más.

Abajo los demás esperaban, con los ojos fijos en él. Pero Red no era capaz de separar sus manos del cable. Sabía que allí estaba la seguridad y no quería lanzarse hacia adelante. Porque el miedo, un pánico cervical, le atenazaba el pecho.

El monitor frunció el ceño, pero no dijo nada, dejando pasar aún unos cuantos segundos.

Finalmente, se acercó a la fachada y preguntó amistosamente:

—¿No se siente capaz, Red?

Curtis, que tenía las manos sudorosas, experimentó una especie de vahído y tuvo que agarrarse con más fuerza al cable, ya que le parecía que iba a caer fatalmente.

—Baje despacio, Curtis.

Éste obedeció sin rechistar.

Una vez abajo, no se atrevió a mirar a los demás, temeroso de leer en sus rostros el desprecio que debían sentir hacia él.

El monitor le puso la mano sobre el hombro.

—No se preocupe, muchacho, y vaya a ver al doctor.

—Bien, señor.

Atravesó el patio, dirigiéndose al edificio donde tenía su despacho el

doctor Sullivan. Anunció su presencia y poco después era introducido en el amplio despacho del médico.

—Siéntate, muchacho.

Curtis tomó asiento en el lugar que el médico le indicó.

Sullivan, que estaba fumando un cigarrillo, le preguntó:

—¿Te llamas Red Morris?

—Sí, señor.

—Tu padre es doctor, ¿verdad?

—Sí.

—Y tú casi acabaste tus estudios de Medicina, ¿no es cierto?

—Es cierto, señor.

—Ya comprenderás, muchacho, que no debes seguir aquí. Pero esto no quiere decir que seas inferior a los que hoy han triunfado en “la prueba de la cornisa”. El que un hombre posea unos nervios templados es una característica primordial para un agente de la SIP, pero no para el común de los mortales. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Tú has hecho todo lo posible para triunfar: tus notas son excelentes y no tienes que reprocharte nada. Si no puedes convertirte en un agente de la SIP, eso no quiere decir que todas las puertas de la vida se te hayan cerrado. Fíjate en mí. Yo me limito a trabajar en mi profesión para ayudar a los hombres que, como tus compañeros, han sobrepasado la prueba con éxito. ¿Crees que yo sería capaz de pasar por esa endiablada cornisa?

Y como Red no dijese nada prosiguió:

—No lo podría hacer; puedes estar seguro de ello, muchacho. Y no me avergüenzo por eso... Todos no hemos nacido iguales. ¿Estás de acuerdo conmigo?

—Sí.

—Yo te aconsejo que vuelvas a tus estudios. Es muy probable que te espere en la Medicina un triunfo mucho más positivo que el que hoy no has podido conseguir. ¿Me prometes reflexionar sobre esto?

—Se lo prometo, señor.

Pat se puso en pie, acercándose al muchacho, al que tendió su mano.

—Aleja de ti todo lo que pueda parecerse a un complejo de inferioridad. Y ya verás cómo llegarás a demostrarnos que eres capaz de hacer muchas cosas, más importantes que el ir por una cornisa... ¡Suerte, muchacho!

—Muchas gracias, señor.

CAPÍTULO II



RA un cobarde!

De nada valían todas las consideraciones que se hiciese, ni todos los atenuantes y justificaciones que las palabras del doctor Sullivan hicieron nacer en él.

¡Era un cobarde!

Lloviznaba un poco y desde el bar, en uno de cuyos taburetes estaba sentado desde no sabía cuándo, el día tenía un aspecto gris y tristón.

Se encontraba en Nueva York.

Incapaz de coordinar bien sus ideas, había tomado el primer avión, cuando salió de la Central de la SIP, sin mirar hacia atrás, importándole muy poco dónde le llevase el aparato, con la sola seguridad de que no fuese a Colorado.

¿Cuánto tiempo llevaba en la gigantesca Nueva York?

Hubiera sido incapaz de decirlo, ya que el tiempo había dejado de contar para él, que lo llenaba con sus idas y venidas por los bares del centro, volviendo al hotel para comer algo y dejarse caer, exhausto, en el lecho de su habitación. Tampoco le sobraba el dinero.

Justamente, aquella mañana, al salir del hotel, se percató de que apenas si le quedaban medio centenar de créditos en el bolsillo, suma completamente insuficiente para pagar sus gastos de hotel.

Por eso ahora, bebiendo un “whisky” más, empezaba a decirse que debía hacer algo concreto para orientar de nuevo su vida.

¿Volver a Colorado?

¡Nunca!

No quería presentarse ante su padre, a quién escribiría en cualquier momento, cuando hubiera obtenido un trabajo regular, de cualquier cosa, poco le importaba después de todo.

Había terminado su vaso y llamó al camarero.

—¡Llénelo otra vez, por favor!

El empleado obedeció, a la vez que miraba con curiosidad a aquel joven al que conocía hacía poco y que parecía no pensar más que en beber.

Después de beber un sorbo, Red echó mano al periódico que un parroquiano había dejado sobre el mostrador. Pasó las hojas hasta llegar a la sección de anuncios, concretamente a la parte dedicada a la bolsa de trabajo.

Empezó a leerlas una a una, sin mucho interés, encogiéndose de hombros al ver que ninguna de ellas parecía encajar en sus deseos.

Hasta que de pronto encontró un anuncio interesante.

“Se necesita médico o estudiante de Medicina para trabajo sencillo en Doller Feston (Venus). Buena remuneración, casa, alimentación y ropa incluidas en el puesto. Llamad al 3235874532-B-Willer. New York City 11”.

Lo relejó media docena de veces, experimentando una extraña sensación de gozo: algo así como si su viejo espíritu se despertase finalmente del letargo en que había estado sumido desde hacía no sabía cuánto tiempo.

Se dirigió al teléfono y marcó el número que indicaba el anuncio.

Poco después preguntó una voz de mujer:

—¿Diga?

—Es por el anuncio. Creo reunir las condiciones que exigen.

—¿Es usted médico?

—Estudiante de penúltimo curso.

—Mejor. ¿Edad?

—Veintidós años.

—¿Tiene novia?

—No; pero ¿eso qué importa?

—Muy sencillo. No queremos personas que estén ligadas a algo que les obliga a regresar a la Tierra. El contrato estipula una estancia mínima en Venus de tres años.

—Estoy dispuesto a firmarlo. ¿Y el sueldo?

—Dos mil mensuales, pero ya habrá leído usted que será mantenido, alojado y vestido por cuenta de la empresa. ¿Le parece bien?

—Estupendo. ¿Cuándo se puede firmar?

—Lo hará en la astronave. La “Star-IV” sale mañana por la noche del espaciódromo de la ciudad. ¿Estará dispuesto para entonces?

—Lo estoy a partir de ahora mismo.

—Mejor. Dígame su nombre.

—Red Curtis.

—Bien. Se presentará mañana, a las siete, en la sección de Pasajeros para Venus del espaciódromo. ¿Entendido?

—Hay una dificultad.

—¿Cuál?

—Debo bastante en el hotel y no tengo dinero.

—Deme su dirección actual. Le enviaremos esta misma tarde mil créditos adelantados. Puede firmar el recibo que le llevarán al hotel.

Red dio la dirección, colgando luego, tras dar las gracias a la desconocida.

Cuando regresó a la barra, una sonrisa de triunfo florecía en sus labios.

—¡Un “whisky” doble! —pidió, y dejó el periódico sobre el mostrador.

* * *

Venusville no era entonces ni la mitad que en la actualidad. Tenía poco más de medio millón de habitantes, pero la urbanización apenas había comenzado. Las grandes avenidas y plazas estaban marcadas, pero sólo unas cuantas mostraban edificios completamente terminados. Era un gigante en pleno desarrollo.

El hombre que había hecho el viaje con Curtis era un tipo de estatura regular, más bien bajo, de hombros anchísimos y tórax de gorila. Se llamaba Robert Hardis.

Durante el viaje apenas si habló con el joven, que tuvo que ingeniárselas para conseguir que la travesía no se le hiciese monótona. Por suerte, la biblioteca de a bordo había sido escogida con acierto y pudo pasar muchos ratos consultando libros de Medicina —no quería hacer el ridículo en su nuevo empleo—, pero también tuvo la suerte de hallar allí el libro que había estado a punto de cambiar por completo el curso de su vida.

Y lo releyó una vez más.

No importaba que cada página le hiciese morder de nuevo el fruto amargo del fracaso sufrido en Washington. El contenido de aquel libro seguía estando lleno de cosas maravillosas. Y ahora, curado ya un poco de la penosa impresión de su derrota ante sí mismo, lo volvía a leer con el mismo entusiasmo de siempre.

El título era ya una invitación: “Hechos de la SIP desde su fundación”. Estaba escrito por un grupo de agentes, que no hacían más que relatar unos cuantos hechos verídicos, pero de una manera magistral. Tenía también un largo prólogo que iba firmado por Donald Callowan, el jefe de la Spacial International Police.

Red había hablado y visto un par de veces a aquel hombre extraordinario. Y cuando leía las palabras de Callowan lo veía ante él, sereno, lleno de aquella potencia que emanaba de sus ojos azules...

Al llegar a Venusville, Robert le acompañó hasta un hotel, diciéndole después que debía esperar allí hasta que le avisasen.

Tras dos días de inútil espera, Red salió a pasear y conocer la ciudad, que era verdaderamente interesante. Se asombró al comprobar la cantidad de razas que allí se habían reunido, procedentes de todos los puntos de la Tierra, y que estaban dedicadas a las más heterogéneas actividades.

Cuando regresó aquella tarde al hotel, el jefe de recepción le llamó.

—¡Eh, señor Curtis!

—¿Qué desea?

—Hay un señor que le está esperando en el salón del fondo.

—¿Quién es?

—Espere, ha dejado el nombre aquí —consultó un bloc; luego—: Es el doctor Staff.

—Gracias.

Se dirigió al salón, donde encontró a un hombre bajito, menudo, con cabello castaño y gruesas gafas sobre una nariz abultada. Estaba leyendo una revista, pero levantó los ojos al oír los pasos del joven, al que miró fijamente.

—¿El señor Curtis? —preguntó, y se puso en pie.

—Sí. Usted es el doctor Staff, ¿verdad?

—El mismo —repuso el hombrecillo, y estrechó la mano que el joven le tendía—. Siéntese, por favor.

—Gracias.

—¿Un cigarrillo?

—Sí, gracias.

Lo encendieron y después se miraron en silencio unos instantes.

Tras unos segundos de silencio, el doctor preguntó:

—¿Dónde estudió usted?

—En Boston. Me faltaba un año para terminar.

—¿Por qué no acabó?

Red estuvo a punto de decir la verdad, pero se contuvo. ¿Qué le importaba a aquel desconocido las interioridades de su vida?

—Mi padre se puso enfermo y tuve, que regresar a casa. Mi padre es médico en una localidad de Colorado.

El médico sonrió.

—Bien. Ya sabrá usted que la empresa de la que ha entrado a formar parte es la “Doller Feston”. ¿Sabe de qué nos ocupamos?

—No.

—Somos la compañía extractora más importante del Sistema. Poseemos

las minas de diamantes más productivas que se conocen.

—¡Ah!

—En las minas trabajaban tres mil hombres. Eso le dará una idea de la importancia de la labor realizada. Hasta ahora he podido llevar la consulta yo solo... pero no podía casi, aunque el número de bajas es relativamente pequeño debido principalmente a las seguridades en el trabajo que existen.

—Ya comprendo.

—Quiero decirle, además, que nosotros, usted y yo, no nos ocuparemos más que de los accidentes de trabajo. Los casos de Medicina general se tratan en la ciudad, en mi clínica, donde otros doctores se encargan de ellos...

—Perfectamente.

—Mañana saldremos para la “Doller Feston”, donde empezará a trabajar en la clínica de accidentes. Tendrá permiso una vez al mes para pasar un par de días en la ciudad —sonrió—... comprendemos que un hombre joven como usted tiene necesidad de divertirse un poco de vez en cuando.

—Gracias.

—Una vez en nuestra clínica de la mina, estoy seguro de que se pondrá enseguida al tanto de todo. No es nada difícil.

—Haré lo posible por cumplir con mi deber.

No le era simpático el doctor. Desde el principio había notado que hablaba de la mina como si fuese una cosa suya, vanagloriándose del número de extractores, de la importancia de la empresa...

No, no le era nada simpático.

Pero tenía que trabajar con aquel hombre y deseaba hacerlo bien, sin dejar lugar a dudas.

Había escrito a su padre, diciéndole la verdad y rogándole que le enviase sus libros, ya que deseaba proseguir sus estudios. Era una alegría que podía dar al pobre viejo, prometiéndole, además, que en cuanto fuese médico regresaría a la Tierra para hacerse cargo de la clientela de su padre.

Se dio cuenta de que debía aceptar su fracaso en la SIP como un hecho consumado, y que si la vida le llamaba hacia la Medicina, sería estúpido oponerse a su destino.

Acompañó al doctor Staff hasta la puerta del hotel.

—Mañana vendré a buscarle a eso de las ocho. Téngalo todo preparado.

—Así lo haré.

—Iremos al espaciódromo donde tengo mi helirrotor. Él nos llevará hasta las minas.

—¿Están muy lejos, doctor?

—Seiscientas millas. Adiós.

Una vez solo, Red, incapaz de recluirse en su habitación, salió a dar otra vuelta por la ciudad.

Pasaba por una calle cuando, de repente, su corazón dio un brinco. Acababa de ver sobre una puerta una placa dorada en la que se leía:

DELEGACIÓN LOCAL DE LA SIP

Agente Stanley Morrison

¡La SIP!

¿Cuándo podría olvidar aquello?

Tenía que hacerlo y borrar de su mente todos los dolorosos recuerdos que ocultaban las letras que acababa de leer. Pero, en el fondo, sentía una gran envidia por aquel hombre que, como otros muchos, excepto él, había pasado la prueba de la cornisa sin sentir cómo el miedo le calaba hasta lo más hondo de los huesos.

Se alejó de allí y penetró en el primer bar que encontró para tomar un poco de alcohol, que le alejase la tristeza que se había apoderado de su ánimo.

—¡Debo olvidar! ¡Debo olvidar! —se repetía interiormente.

—¿Decía algo, señor?

—¿Yo? —sonrió, tristemente—. ¡Ah, sí, tráigame un “whisky”! ¡Pero que sea doble!

CAPÍTULO III



El helicóptero del doctor Staff sobrevolaba ya la zona donde se extendía la explotación diamantífera de la “Doller Feston”. Una zanja ancha y profunda la delimitaba con un juego triple de alambradas a ambos lados del foso. Desde arriba, la alambrada de en medio tenía un agradable color azulado.

—Es el hilo eléctrico de alta tensión —explicó el médico, comprendiendo la curiosidad que había en las miradas que el joven dirigía al suelo.

—¿Y para qué tanta vigilancia? —preguntó este.

William Staff sonrió.

—Todas las precauciones son pocas —repuso—. Ya veo que usted no sabe nada del negocio de los diamantes. Desde que se descubrieron estos importantísimos yacimientos, el Consejo Mundial se adueñó de ellos para evitar una invasión de piedras preciosas en el mercado del Sistema, sobre todo en la Tierra, donde hubiese tenido consecuencias fatales.

—¿Por qué?

—Por la excesiva cantidad que se halla aquí. Debe usted conocer la ley de la oferta y la demanda, ¿verdad?

—Sí.

—Cuanto más escasea un producto, más elevado precio consigue. Con los diamantes ocurre lo mismo. Y por eso hay que tener muchísimo cuidado en controlar su salida al mercado. Aquí se llegan a recoger hasta cien mil al mes, lo que constituye una cantidad tan fabulosa como peligrosa. El Consejo, apoyado por la policía local, que vigila estrechamente la única salida del campo diamantífero, deja pasar sólo la cantidad que todos los meses es comunicada desde la Tierra por los organismos competentes en estas cosas.

—Es curioso. ¿Y el resto?

—¿Se refiere al exceso de diamantes?

—Sí.

—Quedan aquí, en las cajas fuertes que hay en las oficinas centrales. Ni uno solo puede salir sin permiso. Así, en todo momento, el organismo

mundial que controla el comercio de los diamantes puede mantener un precio lo suficientemente alto como para no desvalorizar las joyas.

—Comprendo.

—Si todos los diamantes que hay en las cajas fuertes de la zona saliesen al mercado, se arruinaría este comercio y la mejor de las piedras no alcanzaría un precio superior a unos cuantos cientos de créditos, cuando actualmente las más pequeñas suelen pagarse hasta treinta y cinco mil.

—¡Qué enormidad!

—De ahí la vigilancia que está usted viendo. Nadie podría atravesar las alambradas y la zanja; es completamente imposible. Y los pocos locos que lo han intentado tuvieron que ser recogidos carbonizados sobre los hilos de alta tensión.

—¿No se trata de una empresa particular?

—No. Pertenece a la Sección Económica del Consejo Mundial. Pero hay un director, el señor Richard W. Huber, y un ingeniero jefe, el señor Merrill Rail.

—Conmigo vino en la astronave, desde la Tierra, un tal señor Hardie.

—¡Ah! Es Robert Hardie, el jefe de explosivos.

—¿Es que se utilizan en esta clase de extracciones?

—Mucho. El diamante, como usted sabe, no es otra cosa que carbono puro cristalizado. En este planeta, esos cristales están hondamente incrustados en una capa de grafito de una dureza bastante grande. Claro que poseemos actualmente métodos modernos de prospección y podemos determinar desde la superficie la presencia de diamantes en el subsuelo.

—¿Cómo lo hacen?

—Precisamente ahí entra la ciencia de Hardie. Provocamos explosiones, generalmente desde fuera de la zona diamantífera, pero de tal modo que la onda expansiva pase por debajo de la tierra y llegue hasta unos aparatos, que tienen cierta similitud con los antiguos sismógrafos y que estudian las trayectorias de las ondas a las que antes he aludido. Si las ondas atraviesan una zona con diamantes, sufren una variación determinada que, una vez reflejada en los aparatos de control, nos hacen saber con exactitud la situación del “campo de gemas”, como nosotros lo llamamos.

“Después, merced a explosiones perfectamente estudiadas para no dañar los diamantes, se abren galerías a cielo abierto o subterráneas para dar paso a los operarios que irán en su busca.

Curtis comentó:

—Es muy interesante.

—Desde luego.

—¿Y no hay ningún minero que se decida a guardar una gema?

—Ya le dije antes que este caso es relativamente frecuente. Pero de nada

les sirve. Generalmente, la esconden con la esperanza de poder sacarla cuando van con permiso a la ciudad. Pero el registro es tan minucioso que es imposible lograr nada.

—He oído hablar de gente que se ha tragado un diamante para pasar un control. ¿Es cierto eso?

—Lo es, amigo mío. Pero tampoco resulta.

—¿Por qué?

—Porque, sencillamente, uno de los controles que se hacen a la salida es con un aparato de rayos X, lo que descubre inmediatamente todo objeto anormalmente introducido en el aparato digestivo.

—Ya veo.

—El Consejo Mundial puede confiar en que ni un solo diamante escapa de esta zona. Tenemos un director, al que conocerá pronto, que sabe sus deberes y los cumple a rajatabla.

—¿Tampoco los enfermos o heridos pueden esconder piedras?

—Tampoco. Los enfermos no pueden hacerlo, ya que pasan, como le dije antes, por el control de salida, yendo después a mi clínica de la ciudad. En cuanto a los heridos, que podrían esconder una o varias piedras en los vendajes, no salen del campo y por eso hemos montado aquí dentro la clínica de accidentes. Aunque, como le dije en el hotel, los accidentes son bastante escasos y de relativa poca importancia.

—¿Puede operarse en la zona?

El otro sonrió.

—Se va a sorprender al ver las instalaciones sanitarias que poseemos. Desde luego, son nuestro mayor orgullo. ¿Ve usted aquello?

El joven miró hacia donde el médico le señalaba, descubriendo una serie de edificios de dos plantas alineados a ambos lados de una amplia avenida cubierta de árboles.

—Son las casas de los empleados y obreros. Viven aquí con sus familias, con objeto a evitar sus frecuentes salidas.

—¿No salen nunca?

—Una semana cada tres meses. Y lo hacen con sus familiares.

—Comprendo.

El aparato, que era una maravilla de lujo y precisión, empezó a perder altura y Red pudo ver un campo de aterrizaje limitado por un complicado sistema de alambradas y donde había unos cuantos hangares y algunos aparatos fuera de ellos.

—¿También está protegido el campo? —inquirió.

—Sí. Pero nadie le mirará al entrar. Sólo se controla la salida, sin excepción alguna, se trate de un empleado o del director en persona. Las leyes de la zona son iguales para todos.

El helirrotor se, posó poco después sobre el campo, y los dos hombres saltaron a tierra. Un vehículo se acercó a ellos, conducido por un empleado que llevaba uniforme blanco.

—¡Buenos días, doctor! —saludó, llevándose la diestra al borde de su gorra de plato.

—Buenos días, Jimmy. Llévanos a la Clínica.

—Bien, señor.

Subieron al vehículo, que se lanzó velozmente hacia el paso. Al atravesar la barrera, Curtis vio a los policías, fuertemente armados, que les saludaron.

—Intente pasar hacia el otro lado —rio el médico— y los verá muchísimo menos amables.

Red no dijo nada.

Se había dado cuenta desde el aire de las colosales dimensiones de aquella zona. Y las explicaciones de Staff le habían hecho comprender su primerísima importancia.

Pero no le interesaban nada los diamantes. Estaba contento de haber logrado un buen puesto y pensaba hacer lo posible para conservarlo. Al mismo tiempo, le gustaba todo aquello, su grandiosidad, la modernidad de las instalaciones que había visto hasta entonces y la severa disciplina que parecía reinar por todas partes.

La pista por la que ahora corrían estaba sumamente cuidada, y el asfalto brillaba con una negrura intensa. Recordó entonces que toda la zona era un inmenso yacimiento de grafito y no le extrañó la brillantez lograda en los caminos.

Poco después se detenían ante un edificio, con la fachada pintada de color azul y de cinco plantas, cuya hermosura era notable. Una cruz roja brillaba sobre la puerta principal y la casa estaba completamente rodeada por una faja de verdura cuidada y retocada, como un primoroso dibujo.

—Ésta es la clínica —dijo Staff, y bajó del coche.

Red le imitó; luego, el doctor le ordenó al chófer:

—Ahora irás a recoger el equipaje del señor Curtis, que ha quedado en mi helirrotor, Jimmy.

—Bien, señor.

—Vamos, Curtis.

Penetraron en el edificio y Red hubo de reconocer que el interior no le defraudaba, sino que, por el contrario, era mucho más hermoso que el exterior. Un “hall” inmenso se abrió ante él después de atravesar la puerta de entrada. Había muebles modernos por todas partes y un despacho minúsculo a la derecha, tras el que una enfermera les sonrió cuando pasaban ante ella.

—¿Alguna novedad, Clara? —preguntó el médico.

—Ninguna, doctor.

—Bien.

Subieron a uno de los ascensores, deteniéndose en la primera planta. Seguido por el joven, que no tenía más que ojos para admirar todo lo que el otro le iba mostrando, recorrieron las instalaciones, y Red pudo percatarse de que Staff no le había mentido ni exagerado.

El quirófano era una verdadera maravilla.

También la sala de curas y las habitaciones de los pacientes que en aquel momento estaban casi totalmente vacías, ya que no vieron más que dos accidentados, uno con un brazo en cabestrillo y otro con una ligera herida en el cuello.

—Es todo lo que suele pasar —explicó el médico mientras seguían visitando el interesante edificio—. La mayoría de los accidentes se producen cuando se hacen saltar las cargas en las brechas o en las galerías. Los hombres no se ocultan lo suficiente y resultan esas heridas leves o esas fracturas sin mayor importancia.

—¿Nunca hay heridos graves?

—Poquísimas veces.

Y tras una pausa, Staff añadió:

—No le matará el trabajo, amigo Curtis.

Red sonrió.

—No me da miedo el trabajo, doctor. Y estoy deseando demostrarle mis aptitudes.

—Nunca he dudado de ellas, Curtis. Vayamos ahora abajo. Deseo presentarle a una persona.

El ascensor les llevó de nuevo a la planta baja, tomando entonces un pasillo que llevaba a un despacho de dimensiones colosales.

—Aquí trabajo yo —dijo staff—, y ahí al lado está la sala de visitas.

Pero Red ya no le hacía tanto caso como hasta entonces.

Toda su atención se había concentrado en la muchacha que se había levantado cuando ellos entraban y que estaba, hasta aquel momento, escribiendo a máquina junto a la mesa de despacho de Staff.

Era alta, esbelta hasta lo indecible, rubia, con unos hermosos ojos azules, cuyo tamaño impresionaba. Tenía una naricilla respingona y una boca perfectamente dibujada, cuyos labios eran, quizá, un poco gruesos y sensuales para conjugar con un óvalo tan delicado.

—Éste es mi nuevo ayudante, señorita Huber...

Se estrecharon la mano los dos jóvenes.

—Y ésta es la señorita Catty Huber, nuestra enfermera jefe y, al mismo tiempo, la hija de nuestro director.

—Encantado, señorita...

—Lo mismo digo, señor...

—Me llamo Red Curtis.

—Encantada, señor Curtis.

El médico añadió, tras los saludos de ambos jóvenes:

—La señorita Huber es una enfermera de reciente cuño. Pero muy competente. Hace sólo seis semanas que llegó de la Tierra, donde obtuvo su diploma con excelentes notas.

Ella sonrió.

—No le haga usted mucho caso, señor Curtis. El doctor Staff exagera siempre cuando habla de mí.

—No es cierto —protestó el doctor, y sonrió—. Pero vayamos a lo importante, ya que han sido presentados. ¿Quiere usted dejarnos unos instantes, señorita Huber? Desearía hablar con el señor Curtis en privado.

—¡Naturalmente, doctor!

Salió la joven y el médico señaló uno de los butacones al joven.

—Siéntese, Curtis.

Luego le ofreció un cigarrillo y cuando el humo se mecía ya sobre sus cabezas, tras una prolongada pausa, Staff, mirando fijamente a Red, habló:

—Se preguntará usted, con mucha razón, cómo habiendo tan poco trabajo aquí hemos tenido que recurrir a contratar a un ayudante...

—No es eso lo que me extraña, doctor. Lo que sí me pregunto es cómo no han podido traer a un buen médico de la ciudad o a un ayudante de por aquí.

—Voy a decírselo. La Compañía no desea escoger su personal de cierta categoría en Venusville; prefiere hacerlo venir de la Tierra. Respecto a lo que le estaba diciendo antes, le hemos contratado porque mi trabajo en la Clínica general de la ciudad me ocupa demasiado tiempo y necesito a alguien que atienda a los casos de accidente que puedan presentarse. ¿Ha operado alguna vez?

—Pequeñas cosas.

—Me alegro. Aquí no tendrá ocasión de convertirse en un gran cirujano, pero hará intervenciones de pequeña cirugía y esto podrá servirle mucho para el futuro.

—Desde luego.

Staff preguntó:

—¿Piensa seguir sus estudios?

—Todavía no lo he decidido.

—Bien, si lo hace, no olvide que no podrá abandonar Venus en tres años, tal y como ha firmado el contrato.

Red asintió:

—Lo sé.

Tras una pausa, el doctor dijo:

—Otra cosa. Quiero hablarle ahora de hombre a hombre... ¿Me entiende

usted?

Red se extrañó:

—No.

—Me refiero a la señorita Huber.

—No comprendo.

Staff aclaró:

—No debemos engañarnos, Curtis. La señorita Catty es una encantadora muchacha, pero no debemos olvidar que, al mismo tiempo, es la hija de nuestro director, no es una simple enfermera. ¿Me expreso ahora con caridad?

Red se mordió los labios.

Su antipatía hacia el médico aumentó mucho a partir de aquel instante.

Pero contestó:

—Se expresa muy bien, doctor.

Éste dijo:

—Hay otras enfermeras en las que, si es necesario, puede usted ejercer las naturales ansias de conquista, llamémoslas así, de un hombre joven. Yo nunca le diré nada si en su tiempo libre coquetea con la una o con la otra. Pero lo que no quiero es que entre ellas se encuentre la señorita Huber. ¿Entendido?

—Yo no he venido aquí, doctor —repuso el joven con voz áspera— a conquistar enfermeras, sean hijas o no del director de la empresa. He venido a trabajar, y a eso me limitaré estrictamente.

El doctor dijo:

—Me alegro de que se lo tome así. Desde que le vi me percaté de que es usted un hombre juicioso. Y esto me deja muchísimo más tranquilo.

Red aseguró:

—Ya lo comprobará.

Staff se puso en pie.

Dijo:

—Voy a enseñarle ahora su habitación. Está en la segunda planta y no muy lejos del quirófano. Estoy seguro de que le gustará.

Le gustó. Era amplia, magníficamente iluminada, con una selecta biblioteca en la que pudo ver algunos interesantes títulos, pero todos ellos eran obras de literatura o arte y no había un solo libro de medicina.

—Hoy está completamente libre —le dijo su introductor— para hacer lo que guste. El sábado comeremos en casa del director, como hacemos todas las semanas y podrá usted conocerle, así como a los demás miembros de los equipos técnicos.

Luego le dejó solo.

Al cerrar la puerta, Red se acercó a la ventana, echando una ojeada a la amplia plazoleta que había ante el edificio de la Clínica.

Sí, le gustaba todo aquello. Todo, incluso el doctor Staff, aunque su carácter fuera tan versátil. Respecto a la joven Catty, ahora que estaba solo, podía confesarse que le había impresionado hondamente; pero, por otra parte, se limitaría a serle agradable y sólo esto.

Por el momento, sólo deseaba trabajar en paz y olvidar lo que había ocurrido en una casa de Washington, ante un monitor llamado Lawson y ante un grupo de jóvenes, con los que había convivido varios meses y que ahora estarían ya luciendo su insignia envidiable de agentes de la Spacial International Police..

CAPÍTULO IV



E una manera sencilla había transcurrido su primer día en la zona, dedicándolo casi por entero a colocar las cosas que sacó de su equipaje y a ordenar unos cuantos libros que había llevado consigo y que tuvo en la Escuela de Agentes de la SIP: libros de medicina de los que no se había separado nunca.

Le trajeron la comida y la cena a su habitación y aquello le demostró que siempre sería así, ya que las enfermeras comían en un lugar especial y el doctor Staff debía hacerlo en otra parte.

No le pesaba la soledad, pues era eso precisamente lo que deseaba: estar solo y poder pensar y vagar a su gusto. Pensó, mientras pasaba aquella primera jornada, que tendría que preguntar a Staff si podía pasear fuera de la clínica y hasta dónde podría ir, ya que sentía curiosidad por visitar los yacimientos diamantíferos.

Cuando la enfermera de turno se llevó el servicio de la cena, Red se dijo que podría aprovechar unos minutos para escribir a su padre. Y así lo hizo, sentándose ante la mesa de despacho que había en su habitación.

A medida que la pluma corría sobre el papel, una ternura inusitada se iba apoderando de él, ya que quería entrañablemente a su padre y deseaba hacerle saber no solamente su decisión de continuar sus estudios sino convencerle de que se encontraba, lo que era verdad, en un lugar maravilloso.

¡Lástima que aquella lujosa y completa instalación no sirviese casi para nada!

Porque, como había podido comprobar en su visita a la clínica aquella mañana, los heridos no necesitaban, en el mayor número de casos, la

instalación que la clínica poseía y que hubiera hecho la felicidad completa de muchísimos médicos de la Tierra.

“No debemos olvidar —dijo a su padre— que nos encontramos en una zona de diamantes y que aquí se hace todo por lo grande. Porque si vieras esto, papá, te sorprendería cada detalle, que parece haber sido estudiado para un servicio médico de la mayor importancia...”.

Fue entonces, al terminar aquella frase, cuando sonó el teléfono.

Extendió la mano y pulsando el botón:

—¿Diga?

—¿Curtis?

—Sí.

—Soy el doctor Staff. Baje enseguida. Estoy en mi despacho.

—Ahora mismo voy.

Salió y tomó el ascensor que le dejó a muy pocos pasos de la puerta del despacho, a la que llamó con los nudillos.

—¡Adelante!

Staff estaba vestido con una bata y parecía nervioso, consultando unos papeles que tenía sobre la mesa.

Levantó la mirada cuando Curtis penetró en la estancia.

—¿Estaba usted acostado? —preguntó.

—Aún no.

—Mejor. Acaban de comunicarme, de la zona, que una explosión ha herido gravemente a un minero. No tardarán en traerle. La enfermera Huber está preparando el quirófano por si hay que operar. ¿Quiere usted ir a ayudarla y prepararse también?

—Sí, señor.

—Yo iré enseguida.

Red penetraba poco después en el antequirófano, poniéndose una bata después de haberse lavado y desinfectado las manos. En el quirófano, donde pasó luego, Catty trabajaba ya, preparándolo todo.

—Buenas noches, señorita.

Ella se volvió y sonrió.

—Buenas noches, señor Curtis. Parece que tendremos trabajo.

—Así es, en efecto.

Trabajaron juntos, preparándolo todo para que el doctor Staff pudiera empezar a trabajar en cuanto el herido llegase, cosa que no se hizo esperar mucho, puesto que la sirena de la ambulancia se dejó oír momentos más tarde.

Los camilleros llevaron el cuerpo del herido a la sala de curas, donde se dirigieron también los dos jóvenes. Segundos después llegaba el doctor, ordenando a Curtis que levantase el lienzo que cubría el cuerpo del herido: Era un negro.

Le habían hecho un vendaje en el pecho, y Curtis lo deshizo con manos hábiles descubriendo un tórax poderoso y musculoso, con una brecha en la zona del esternón de la que brotaba abundante sangre.

—Tendremos que operar —dijo Staff—. Prepare la anestesia, señorita Huber.

—Sí, señor.

Red llevó al herido al quirófano, preparándolo para la intervención.

Lo desnudó y lavó cuidadosamente la zona operatoria. Estaba profundamente emocionado y se arrepentía de haber juzgado solamente lujosa aquella instalación que, mucho antes de lo que esperaba, iba a ser útil a aquel pobre negro.

Mientras, la rubia preparaba el equipo anestésico, y poco después, aplicada la mascarilla al herido, éste se sumía en un sueño que iba a apartarle del dolor y de la conciencia.

Se acercó el doctor, ya con los guantes puestos, a la mesa de operaciones.

—¿Todo preparado? —preguntó.

—Sí.

—Póngame la mascarilla, señorita Huber.

La joven obedeció y el médico se puso junto al paciente, mirando un momento la herida del pecho del negro, que aparecía ahora encuadrada en el marco albo de los paños que delimitaban el campo operatorio.

—¡Bisturí!

Cathy se lo alargó.

Red, junto al aparato de anestesia, lanzó una ojeada a los relojes de control, mirando después las manos del cirujano.

Éste había ampliado la brecha del pecho, hundiendo y rajando con el bisturí. Luego pidió:

—¡Cizallas!

Cortó las costillas, abriéndose paso en el interior del tórax, cuyos bordes sujetaban ahora los ganchos que la enfermera había colocado.

Curtis frunció el entrecejo. ¿Qué buscaba el doctor allí?

Al principio creyó que una esquirla se habría hundido en el pecho del negro; pero después que agrandó la herida, con lo que el espacio abierto fue lo suficientemente grande, para poder ver en una amplia área, el joven se dio cuenta de que era completamente imposible que hubiese penetrado nada allí, tan profundamente.

Pero Staff continuaba ahondando.

Ahora, corrido el pulmón izquierdo hacia el centro, se veía el corazón que latía bajo una capa grisácea.

¿Qué seguía buscando Staff?

Un sudor cada vez más frío perlaba ya la frente del joven Curtis,

empezando a bajarle a lo largo de la espalda y produciéndole escalofríos. Miró el control de presión. Había habido un bajón brusco, pero la cifra se mantenía aún dentro de unos ciertos límites de seguridad.

Ahora, Staff, ante el asombro de Curtis, empezaba a hurgar en la capa grisácea que envolvía al corazón: en el pericardio.

Aterrorizado, Red echó una ojeada nuevamente al control de presión. Sabía que un error de un milímetro o de mucho menos podía paralizar el corazón de aquel hombre.

Y lo más fantástico era que no se explicaba aún qué estaba buscando Staff junto al corazón del paciente. Todo el camino abierto en el tórax del negro había demostrado ya que no se encontraba ningún objeto extraño y que, por lo tanto, la herida era limpia y sin complicaciones.

¿Entonces?

¡Ya estaba!

La columna de mercurio descendió, como si una fatídica fuerza la empujase hacia abajo.

—¡Falla la presión! —gritó.

Pero ya era demasiado tarde.

—¡Termocauterio! —gritó el médico.

Catty Huber se inclinó para sacarlo del estuche de la caja electrónica, dándose cuenta de que no había luz roja, que indicara que estuviese encendido.

—¡Está desconectado! —exclamó.

—¡Conéctelo, Curtis! —rugió Staff.

Apartándose del aparato anestésico, el joven corrió hacia los mandos, situados tres metros más allá.

Oprimió el botón con todas sus fuerzas, como si deseara evitar lo que ya creía imposible de frenar.

En efecto, cuando volvió junto a la mesa, Staff se le quedó mirando.

—Es inútil —dijo el doctor, quitándose la mascarilla—. Ha muerto.

—Pero ¿qué buscaba usted en la región cardíaca, doctor? —le preguntó, con los ojos abiertos por la desesperación.

Staff le miró fijamente.

—Venga —dijo, luego.

Se acercó al cuerpo, hundiendo los dedos junto a la víscera, que ya había dejado de latir. Y los sacó poco después, mostrando un objeto a Red.

—¿Lo ve?

Era una esquirla de grafito, pequeña como un guisante.

Y ante el silencio del joven prosiguió:

—Estaba seguro de que había algo que había penetrado muy dentro.

Curtis enrojeció de arriba abajo.

—Perdone, doctor. Soy un estúpido.

—No tiene nada de particular —repuso Staff—. Es natural que usted, que acaba de llegar, ignore las terribles particularidades de los trozos de grafito cuando saltan con la fuerza de una explosión. Pero suelen gastarnos serias bromas como ésta, ¡Lástima que el termocauterio no haya estado a punto! Aunque, a decir verdad, casi no había nada que hacer en este caso.

Curtis estaba avergonzado.

—Doctor, le ruego de nuevo que me perdone.

Staff le dio unas palmaditas en el hombro.

—No se preocupe, Curtis. Usted, como todos nosotros, ha hecho lo que ha podido. Yo tengo que hacer aún la autopsia a ese pobre, negro.

—¿Quiere que le ayude?

—No. Es mejor que yaya a descansar. La señorita Huber me ayudará. ¡Buenas noches, Curtis!

—Buenas noches, doctor. Buenas noches, señorita.

Se dirigió al antequirófano y se quitó la bata.

¡Qué estúpido había sido!

¿Cómo había llegado a dudar de la competencia de un médico como Staff, que le había demostrado, sencilla y llanamente, que había algo que buscar en el corazón del desgraciado?

De no haber sido por el fatal detalle del termocauterio, podía haberse intentado algo, aunque Staff tenía toda la razón al decir que la vida del negro estaba ya terminada por el lugar que había alcanzado la esquirla de grafito.

Llegó apesadumbrado a su habitación.

¿Qué diría su padre si se enterase de lo que se había atrevido a preguntar a un doctor con muchísima más experiencia que él?

Se acercó a la mesa y fue entonces cuando lanzó un rugido.

¡La carta que estaba escribiendo se había convertido en un montón de cenizas!

Al lado vio la huella del cigarrillo que había caído del cenicero y que debió prender en los papeles.

¿No había apagado su pitillo antes de salir cuando el doctor le llamó por teléfono?

Hizo un poderoso esfuerzo para recordar aquel detalle, llegando a la conclusión de que había aplastado el cigarrillo en el cenicero antes de salir.

—Veamos —se dijo, en voz alta—. La enfermera que se llevó el servicio de la cena y del café me cambió el cenicero... encendí un cigarrillo al empezar la carta. Luego otro cuando le decía que Venusville era una gran ciudad, pero que lo sería más... Eso fue en la tercera página, un poco antes de que me llamaran por teléfono...

Se pasó la mano por la frente.

Lo recordaba ahora perfectamente. Había encendido dos cigarrillos, aplastando uno cuando se levantó para acudir a la llamada de Staff.

Dos cigarrillos.

Se acercó al cenicero, viendo, en efecto, los restos de los dos, uno de ellos reducido a su mínima expresión, un montón de ceniza negra junto a un pequeñísimo trozo de papel y la colilla del otro, de cerca de tres centímetros, brutalmente doblada cuando aplastó la punta ígnea contra el cenicero.

¡Allí estaban los dos cigarrillos!

Entonces, ¿y el tercero?

Estaba allí, completamente consumido, sobre la mesa, cuya cubierta de plástico era incombustible, pero el pitillo había dejado una huella oscura al arder, junto a la otra más amplia, que quedó bajo las cenizas de un papel.

Se preguntó si era posible que un cigarrillo hiciese arder cuatro hojas de papel de aquella manera tan completa.

“Pero ¡tú no has ¡fumado más que dos cigarrillos!” —le dijo su conciencia.

¿Qué había ocurrido?

No acertaba a explicárselo, ya que le parecía tan obvio como estúpido el sospechar que alguien hubiera destruido la carta que iba a enviar a su padre...

¿Con qué finalidad?

Limpio la mesa cuidadosamente, sin dejar de pensar, esforzándose por encontrar una solución que explicase aquel misterio. Pero no la halló.

Estaba tan nervioso que se sintió incapaz de acostarse. Sabía que no podría dormir y prefirió sentarse y reflexionar, encendiendo otro cigarrillo, mientras se decía que lo ocurrido no era posible.

Se puso en pie y tomó papel de cartas, repitiendo la experiencia. Pero no consiguió más que chamuscar parcialmente una zona, quemando otra pequeñísima.

—¡No puede ser! —rugió, y lanzó el pitillo al cenicero—. ¡No puede ser! Un cigarrillo, en el caso que hubiera dejado uno sobre la mesa, no hubiera jamás hecho arder por completo las cuatro hojas de papel que había allí, tres escritas por completo y otra empezada hacía poco.

¡Alguien había destruido la carta!

—Pero... ¿quién? —se preguntó, experimentando una extraña inquietud—. ¿Cómo es posible que alguien haya hecho eso y por qué motivo? Si es una broma, no lo comprendo, ya que puedo escribir la carta una vez más o cuantas me plazca...

Se pasó la mano por los cabellos, sintiendo que la cabeza empezaba a dolerle.

Luego, convencido de que aquella jornada le había procurado demasiadas emociones, se halló dispuesto a jugarse el todo por el todo, diciéndose que

necesitaba respirar un poco de aire fresco. Y abandonó la habitación.

Un silencio completo reinaba en la clínica.

Despreciando los ascensores, ya que no quería hacer ruido alguno, bajó lentamente por la escalera, sintiendo la inmensidad del silencio que le envolvía como algo material.

Al pasar ante el quirófano, lo vio cerrado y silencioso, como el resto de la clínica. Y al pensar que el pobre negro estaba allí, se estremeció, sin poder dejar de verle, con el tórax abierto, luchando por una vida que, se le escapaba fatalmente entre los dedos.

Siguió bajando.

Por primera vez, al llegar junto al hall, que también estaba semiapagado y desierto, vio una escalera que descendía hacia el sótano.

El doctor Staff no le había enseñado aquella parte del edificio.

Sin poder dominar su curiosidad, se aventuró por allí, y empezó a bajar lentamente, escalón por escalón, hasta que se encontró en el sótano ante un amplio pasillo, casi completamente a oscuras menos una luz azulada que salía de una de las puertas, la última a la derecha. Se dirigió a ella.

Al asomarse a la puerta comprendió enseguida que se hallaba en la sala de cadáveres, en el depósito de la clínica. Una mesa de mármol estaba situada en el centro y sobre ella, cubierto con un lienzo, se notaban los contornos del cuerpo de un hombre: El negro...

Sin poderse contener, Red avanzó hasta llegar junto a la mesa. Luego destapó el cadáver, observando en primer lugar el rostro sereno del pobre hombre.

Comprobó que Staff había hecho una somera autopsia, quizá por motivos legales más que médicos, ya que conocía perfectamente lo que había motivado la muerte del negro.

Examinó la herida y fue entonces cuando se estremeció.

Todavía estaba abierta la brecha, permitiendo ver el tórax, pero el pulmón izquierdo caía demasiado y aquello hizo que, evitando toda prudencia, lo levantase con los dedos comprobando que no se había equivocado antes.

¡El corazón del negro había desaparecido!

CAPÍTULO V



E levantó muy temprano, y había conseguido dormir un poco. Pero la ducha lo reanimó, sintiéndose como nuevo cuando bajó a desayunar a la elegante y pequeña cafetería que había al fondo del “hall”.

Estaba terminando de tomar su segunda taza de café cuando llegó Catty.

—¡Buenos días, señor Curtis! ¿Ha dormido bien?

—Bastante. Acabo de levantarme. ¿Y usted?

—Yo estoy de pie hace ya cerca de dos horas.

—¡Qué madrugadora!

—No he tenido más remedio. Anoche no pudimos acabar la autopsia y he tenido que coser el cadáver hace un rato.

—¿Lo entierran aquí?

—No. Hay un cementerio en la ciudad; nos está prohibido hacerlo en la zona.

—Entonces... ¿se lo llevarán?

—Desde luego. Dentro de una hora pasará la salida... desgraciadamente para siempre. ¡Ha sido una lástima!

—Desde luego.

Le quemaba los labios una pregunta, pero esperó que ella hubiera terminado su taza de café para hacerlo.

—Quería preguntarle una cosa, señorita... simple curiosidad; se lo aseguro.

—Diga...

—¿Pasan los cadáveres también por el control de salida?

—¡Naturalmente! Igual que si se tratase de seres vivos.

—Es que pueden esconderse gemas en su cuerpo, ¿verdad?

—Sí, pero eso es imposible. Los cuerpos pasan por la cámara de rayos X.

—Comprendo.

—El control es rigurosísimo y nadie puede escapar a él. Nunca ha fallado y nunca fallará.

—Tiene usted razón. ¿Y el doctor Staff?

—Debe de estar en la explotación. Estará investigando las causas del accidente de anoche.

—Trabaja mucho.

—El doctor es un hombre muy activo.

—Y nosotros, ¿no tenemos nada que hacer?

—Nada. Yo voy a aprovecharme de esta calma para ir a ver a mi padre. Usted puede hacer lo que quiera.

—¿Me será posible visitar la explotación?

—Sí, desde luego. Pero no hoy... Si me lo hubiera dicho, no habría telefonado a papá y me hubiese quedado aquí.

—No se moleste, ya me dirá el día que le vaya bien. No tengo prisa.

—Lo haremos muy pronto.

Se puso en pie, y estrechó la mano del joven.

—Hasta luego.

La mujer se alejó.

—Adiós.

La siguió con la mirada. Desde luego era una muchacha encantadora.

Se encogió de hombros, encendió un cigarrillo, lo que le llevó a la memoria lo ocurrido la noche anterior en su cuarto. Estuvo tentado de subir para escribir una nueva carta; pero, en última instancia, y cuando oyó el ruido del coche de Catty que se alejaba, se dijo que podía aprovechar el haberse quedado solo para comprobar algo que le estaba rondando por la cabeza.

Después de ver que la enfermera del “hall” estaba en su sitio, hizo como si se dirigiese hacia la escalera, pero enseguida tomó la que bajaba hasta llegar ante la puerta del depósito de cadáveres.

El cadáver seguía allí.

Red levantó y comprobó que la muchacha no había mentido y que, en efecto, tanto la herida del tórax como la abertura del abdomen, que Staff había hecho para realizar la autopsia, estaban, cerradas con hilo de catgut.

“Bien cosidas” —pensó el joven, sin poder evitar el ver con la imaginación

a Catty haciendo aquellos menesteres que tenían un cierto aire de femineidad.

Pero no había venido a comprobar las suturas de la muchacha. Así que se acercó a una de las vitrinas, la abrió, y tomó unas tijeras.

Luego se, acercó al cadáver.

El rostro del negro, del que siquiera conocía su nombre, mostraba la misma expresión tranquila que la muerte había puesto en él.

No dudó más. Cortó con decisión los hilos que la muchacha había cosido en la herida del pecho, donde Staff había operado. Luego, utilizando dos dilatadores, abrió del todo la herida, levantando delicadamente el pulmón izquierdo.

Ya se esperaba aquello.

El corazón no estaba allí.

Cerró y cosió de nuevo. Luego, cuando hubo dejado los instrumentos en la vitrina, recorrió la sala, buscando inútilmente el sitio donde podían haber colocado el corazón del negro.

Pero no lo encontró por parte alguna.

Cuando abandonó momentos más tarde el depósito, su mente seguía trabajando con ímpetu, tratando afanosamente de encontrar algo que pudiera explicar lógicamente la desaparición de la víscera del pecho del muerto.

Si se tratase de una enfermedad cardíaca —pensó—, sería lógico que Staff hubiera guardado aquella parte de cuerpo para estudiarla después. Pero en el caso del negro, después de haber logrado encontrar la esquirra que prácticamente le mató, el estudio de su corazón era tan inútil como absurdo.

No se lo explicaba.

Abandonó los sótanos, yendo después a ver a los dos heridos que seguían en las salas altas. Luego fue llamado para atender a uno que acababa de llegar con una pierna fracturada; después llegó otro con una ligera herida en el hombro derecho.

Muchos de los que llegaban eran enviados de nuevo a la explotación, ya que se trataba, como Red pudo comprobar, de pequeñas heridas sin ninguna importancia.

De lo que Curtis pudo darse cuenta era que la Compañía se preocupaba por sus empleados, ya que bastaba la más pequeña lesión producida en el trabajo para que el accidentado fuera llevado a la clínica, donde el trabajo fue intenso durante todo el día, sin que aparecieran el doctor ni la enfermera.

Era natural que la muchacha, siendo la hija del director, no se preocupase mucho por la clínica, donde debía estar para no aburrirse cuando no tenía nada que hacer.

Cuando llegó la noche, Red estaba muy cansado y dejó para el día siguiente el escribir nuevamente a su padre.

Enseguida se durmió profundamente.

Stanley Morrison, el jefe de la delegación de la SIP en Venusville, era un hombre alto, fuerte, de unos cuarenta años de edad, viejo en las lides de la Organización y que había sido enviado al planeta para frenar, sobre todo, las influencias perniciosas de la juventud delincuente que la promiscuidad de razas producía en la ciudad.

Stanley era un hombre duro, de los viejos de la SIP. Inteligente y decidido, no había pedido jamás auxilio a la policía local, arreglándoselas completamente solo y saliendo airoso de todas las misiones que había llevado a cabo.

En las primeras horas de la mañana de aquel viernes y cuando se disponía a salir de la oficina-domicilio (dormía en una habitación que había al otro lado del despacho), alguien llamó a la puerta.

Morrison fue, a abrir, encontrándose con un empleado de telégrafos que le entregó un mensaje.

Una vez solo, el agente de la SIP abrió el sobre anaranjado, color de los mensajes de preferencia absoluta y entrega inmediata, echando una primera ojeada a los símbolos que contenía. Sonrió, mirando al ángulo derecho donde vio el anagrama MS-VI.

Era el nombre de la clave.

Tomó después asiento a la mesa del despacho, sacó de un cajón el libro de claves y empezó a descifrar el mensaje hasta que pudo leerlo por entero.

Decía así:

“De Central SIP en Washington a Delegación SIP en Venusville. Urgente. Informes recibidos de agentes en distintos puntos de la Tierra, señalan invasión de diamantes procedentes de la “Doller Feston”, y que no han sido catalogados en las salidas legales de esa explotación, lo que demuestra que han sido sacados de la zona fraudulentamente. Investigue el asunto e informe lo antes posible de resultados. Puede obrar claramente y de un modo oficial. Adjuntamos, en correo aparte, permiso especial del Consejo Mundial para circular libremente por la explotación. Saludos y suerte. Donald Callowan”.

¡El viejo Callowan!

Morrison se permitió unos momentos de ternura sentimental, al recordar todas las misiones que el jefe le había encargado y, sobre todo, las que había llevado a cabo en su compañía.

Luego prestó atención al contenido del mensaje.

Hasta entonces, debido a la excelente organización de vigilancia en la zona, nunca había tenido que intervenir en nada que se relacionase con la explotación diamantífera.

¡Y ahora resultaba que alguien había conseguido sacar los diamantes saltándose a la torera la formidable barrera de control que rodeaba las minas!

Sacó de los archivos todo lo que allí había sobre la “Doller Feston”,

estudiando detenidamente lo que poseía mientras esperaba que el permiso le fuese llevado, cosa que sucedió una hora después.

Había forjado un plan somero, y puesto que Callowan le autorizaba a obrar oficialmente, lo mejor era coger el toro por los cuernos, presentándose al director y diciéndole la verdad, puesto que de ningún otro modo podía justificar su presencia en la zona diamantífera.

Poco después de tener la autorización en la mano, alquilaba un helirrotor, dirigiéndose solo hacia el campo de aterrizaje de la explotación, donde aterrizó, siendo recibido por uno de los oficiales de policía de la recepción, al que mostró el permiso.

—Voy a decir que uno de nuestros coches le lleve a casa del director, señor, ya que a estas horas no estará en las oficinas.

—Gracias.

Un chófer uniformado condujo el vehículo por la hermosa autopista que unía el campo de aviación con el resto de los departamentos, deteniéndose, después de casi quince minutos de marcha, ante un verdadero palacio, con columnas en la fachada, ante la que había detenidos media docena de lujosos vehículos.

Subió la escalinata y se encontró con un criado de uniforme.

—¿Qué desea?

—Ver al director.

—Creo que va a ser imposible.

—Dígale que está aquí Morrison, un agente de la Spacial International Police.

El criado cambió de actitud.

—Tenga la amabilidad de pasar y esperar un momento, señor.

—Bien.

Se encontraba en un vestíbulo de grandes dimensiones, con las paredes cubiertas de valiosos cuadros, entre los que destacaban telas firmadas por Cummings, el genio de la pintura espacial y cósmica.

Se acercó a uno de los cuadros y se dio cuenta de que era la famosa “interferencia estelar”, que había visto reproducida en muchas revistas y cuyo valor debía de ser astronómico.

“Un director como éste puede permitirse lujos así —pensó, sonriendo—. Debe de ganar una verdadera fortuna”.

El criado reapareció en aquel momento.

—¿Hace el favor de seguirme, señor?

—Sí.

Atravesaron dos saloncitos, igualmente lujosos que el “hall”, hasta que llegaron ante una puerta labrada, a la que llamó el criado. Mientras esperaba, Stanley oyó la música de un piano electrónico que llegaba hasta él desde el

fondo del edificio.

Quienquiera que lo tocara, estaba interpretando música moderna: “La sinfonía infrarroja” del malogrado Skatisky.

—¿Quiere pasar, por favor?

El criado había abierto la puerta, haciéndose a un lado para dejar paso a Morrison, que penetró en una habitación grandiosa, cuyas paredes estaban también repletas de cuadros, todos ellos de las mejores firmas.

Ya conocía al director.

Richard W. Huber era, tal como lo mostraban las revistas y las pantallas de los televisores, un hombre alto, de corte distinguido y que parecía hacer caso omiso a su calva completa que, en realidad, no ofrecía un desagradable aspecto, sino que, por el contrario, acentuaba la impresión de gran señor que emanaba de la atractiva personalidad del director de la “Doller Feston”.

Estaba ya en pie, ante su mesa, cuando Morrison entró. Y se adelantó hacia el recién llegado, tendiéndole una mano recia y cálida, que el agente estrechó cordialmente.

—Es una verdadera sorpresa ver a la SIP por aquí —dijo, invitando con un gesto a Stanley a que tomara asiento.

—Quiero mostrarle algo —dijo Morrison, tendiéndole el permiso especial del Consejo Mundial.

Richard lo tomó, examinándolo detenidamente, como si lo leyera varias veces.

Luego, al tiempo que se lo devolvía a Stanley, preguntó:

—¿Qué ocurre aquí para que se hayan tomado medidas tan drásticas, señor Morrison?

—Salen diamantes de contrabando, señor.

Huber se puso en pie y palideció.

—¡Eso es imposible!

—Lamento defraudarle, pero es cierto. Los técnicos en piedras preciosas de la Tierra han estudiado las piedras y saben que proceden de aquí y que no son de las que han salido legalmente.

Huber le miraba, sin decir nada.

A poco dijo:

—No sabe usted lo que esto significa para mí, señor Morrison. Desde que me hice cargo, al inaugurarse la explotación, hace ya varios años, ésta es la primera vez que se me dice que hay piedras que salen de contrabando de mis minas.

—Lo siento, pero tendremos que impedirlo.

—¡Desde luego! Cuento con todo mi apoyo, ya que soy yo el interesado, el más interesado, en encontrar y castigar a los culpables. ¿Sospechan ustedes de alguien?

—En absoluto. Habrá de ser usted quien me oriente.

—Lo haré con muchísimo gusto. Pero sigo sin explicarme cómo ha podido suceder una cosa así. Nuestra barrera es tan perfecta, que nadie se atrevería, después de las intentonas fracasadas del pasado, a intentar pasar por ella.

—¿Tiene usted confianza en todos los empleados que manejan los diamantes?

—Completa. Además, desde el instante que las piedras son extraídas de la tierra, son conducidas por hombres armados, hasta los barracones donde se procede a su limpieza, reconocimiento y peso para determinar los quilates... Luego, siempre en una zona de vigilancia por toda clase de aparatos electrónicos, pasan a las cajas fuertes, situadas bajo tierra, desde donde son conducidas y sacadas cuando el Consejo Mundial, es decir, su sección económica, lo ordena.

—Comprendo.

—Usted mismo podrá seguir el camino de las piedras y llegar a la conclusión de que es prácticamente imposible que salga una sin el permiso especial.

—Sin embargo, ha ocurrido.

—No lo dudo, puesto que usted lo dice, pero espero que encontremos una explicación a ello, puesto que estoy seguro de que jamás podremos demostrar que, han salido de aquí.

—No le entiendo.

—Quizá me haya explicado un poco oscuramente. Quería decir que no han podido salir por el camino normal y que como fuera de éste no hay ninguno, será muy difícil demostrar su salida.

CAPÍTULO VI



L día siguiente, sábado, tal como había anunciado Staff, hubo una reunión general en casa del director, a la que fueron invitados todos los altos empleados de la “Doller Feston”. Así pudo Red conocer al director, al ingeniero jefe y volver a saludar al jefe de las explosiones. También vio a Catty.

Pero aquella noche, cuando el director les presentó a Morrison, el agente de la SIP. Curtis sintió que, sin poderlo evitar, las piernas le temblaban.

¿Qué hacía la SIP allí, en la “Doller Feston”?

No tardó en saberlo, ya que Richard W. Haber, con una sonrisa natural, explicó:

—Señores... todos ustedes son mis más íntimos colaboradores, mis hombres de confianza. Por eso no quiero ocultarles ni un momento más lo que significa entre nosotros la inusitada presencia del señor Morrison, agente, como todos saben, de la Spacial International Police.

Hizo una pausa, mirando sonriente a los reunidos, gozando por anticipado de la inquietud y de la expectación que habían provocado sus palabras.

Después prosiguió:

—Según parece, han salido algunos diamantes de contrabando de nuestra explotación. Y estas gemas han llegado al mercado de la Tierra.

—¡Imposible!

—¡Inaudito!

—¡Inconcebible!

—¡Increíble!

Huber sonrió y se volvió a Stanley.

—Ya se da usted cuenta, señor Morrison, de la reacción que mis palabras han provocado en mis hombres de confianza. ¿Se extraña usted de que me ocurriese a mí lo mismo ayer tarde?

—Lo comprendo perfectamente, señor director. Pero, si me permite, mientras tomamos el café, voy a hacer unas preguntas a estos señores.

—Las que quiera.

—Bien.

Miró al ingeniero jefe. Éste, Merril Raif, era alto, rubio, con ojos azules y piel rosada. Parecía una imagen sacada de una vieja estampa teutónica.

Había un tono despectivo en su mirada y un aire de superioridad manifiesta brotaba de toda su persona.

—¿Puede usted decirme, señor Raif, cómo realiza la explotación?

—Encantado. Una vez determinada la veta, merced a nuestras explosiones de prospección, el aquí presente jefe de explosivos prepara las explosiones parciales, matemáticamente calculadas para conseguir el acceso a la veta diamantífera.

—¿Y después?

—Primero entran los equipos de limpieza, que quitan todo el grafito que han destrozado las explosiones. Inmediatamente después, los entibadores hacen las galerías o los pasadizos, si se trata de explotación a cielo abierto.

—¿Luego?

—Luego entra el juego de los extractores propiamente dichos. Hombres dotados de buscadores electrónicos, que están en marcha continuamente, descubren los diamantes.

Morrison preguntó:

—¿Qué quiere usted decir con eso de “continuamente en marcha”?

—Muy sencillo. Todos nuestros hombres llevan un aparato, inventado por un compatriota mío, llamado el “perceptor”.

—¿Para qué sirve?

—Para delatar la presencia de un diamante. De esta forma, en cuanto lo recoge, el “perceptor” lo cuenta, evitando que el minero pueda guardárselo. Ese aparato lo llevan todos los hombres dentro de la explotación, incluso nosotros, ya que podríamos recoger una gema sin que nadie se diese cuenta.

—¿Y cómo se han logrado robar diamantes algunas veces? —preguntó el agente.

—Sólo un loco podía intentarlo. Y lo hicieron, rompiendo el “perceptor” y huyendo después, sin entregarlo al equipo de control, que sabe exactamente el número de piedras halladas. Luego intentaron saltar las barreras y murieron electrocutados.

El director intervino entonces.

—Ya le dije ayer, señor Morrison, que no han vuelto a repetirse esos intentos.

Stanley asintió con una inclinación de cabeza.

—Lo que deseo —dijo, después— es que ustedes, que conocen todo este laberinto mucho mejor que yo, me ayuden a formar una hipótesis que pueda explicarnos cómo han conseguido sacar esos diamantes de aquí.

Fue Hardie, el jefe de los explosivos, el que rompió el silencio que había guardado hasta entonces:

—¿Y quién puede decirnos que esas piedras aparecidas en la Tierra proceden de aquí?

—Técnicamente, puede saberse, ya que los diamantes de cada reglón poseen características especiales —repuso el agente.

—De todos modos, señor mío —insistió Hardie—, también puede modificarse la apariencia de un diamante y engañar al que lo reconoce.

—Hardie tiene razón —apuntó el director.

Y fue en aquel momento cuando uno de los criados interrumpió la conversación.

—Perdonen —dijo, acercándose a la mesa—. Lllaman urgentemente desde el hospital. Parece que ha ocurrido un accidente.

Staff se puso en pie.

—¡Vamos, Curtis! —exclamó.

—Sí, señor.

Salieron los dos, precipitándose hacia el vestíbulo.

Allí les alcanzó Catty.

—¡Yo también voy con ustedes! —dijo.

—No, quédese para hacer los honores al nuevo invitado. Curtis y yo nos la arreglaremos.

—Como usted quiera.

Momentos más tarde, los dos hombres, en el coche conducido por Staff, se dirigían a toda velocidad hacia la clínica, ante cuya entrada se detenían momentos más tarde.

La enfermera de guardia les esperaba en el “hall”.

—¿Qué ocurre? —inquirió el doctor.

—Un herido muy grave, señor —repuso la enfermera—. Lo han dejado en la sala de curas.

—¿Le han curado de urgencia?

—Se le ha hecho una transfusión.

—Perfectamente. Vamos.

Pasaron por el vestuario, donde se colocaron velozmente las batas y los guantes, penetrando acto seguido en la sala de curas, donde yacía un hombre de raza blanca, con un brazo sobre la plataforma de transfusiones.

Nada más acercarse, Red se extrañó del tono violáceo de la piel de aquel desdichado. Se precipitó con el estetoscopio, colocándolo sobre el pecho del hombre.

Luego levantó la cabeza y miró al doctor.

—Ha muerto —dijo.

Staff cerró los puños.

—¡Maldita, sea! —exclamó—. ¡Vaya suerte la nuestra! Dos días y dos muertos... ¡Enfermera! ¡Enfermera!

La muchacha apareció.

—¿Qué desea, doctor?

—¿Llegó este paciente con vida a la clínica?

—Sí.

—¿Le tomó el pulso?

—Sí. Aquí está anotado: 63 pulsaciones por segundo y 8 de tensión.

—Es lo natural después de la hemorragia —Staff parecía hablar solo y guardó silencio unos instantes; luego aventuró—: Si hubiésemos llegado un poco antes...

Curtis miraba la piel del muerto. Había algo que no le gustaba nada.

Tras unos instantes de silencio, Staff dijo:

—Ya no podemos hacer nada, muchacho. Y esto me ha quitado las ganas de volver a la reunión. ¿Quiere usted regresar?

—No tengo ningún interés en ello, señor.

El doctor sonrió.

—No quiero que se amargue la vida aquí, muchacho. Se ha portado muy bien y estoy muy contento con usted. Por eso le ruego que vuelva a la reunión. Ya no podemos hacer nada por este pobre hombre. Coja mi coche y vaya... se lo ruego.

Red contestó:

—Como usted quiera.

—Gracias, Curtis. Yo me acercaré después a la mina para ver lo que ha ocurrido. ¡Hasta luego!

—Adiós.

Era ya de noche cuando Red llegó a la casa del director. La reunión estaba muy animada y parecía que ya se había abandonado definitivamente el tema de los diamantes.

Sentada ante el piano electrónico, Catty tocaba música moderna, haciendo la delicia de los presentes.

Durante un momento, después de explicar someramente a los invitados lo ocurrido, Red se sentó al lado de la muchacha, dejándose llevar por el virtuosismo de la joven, que era verdaderamente extraordinario.

Pero se sobrepuso bruscamente y un escalofrío le recorrió la espalda al sentir que había estado a punto de ceder al ambiente que allí reinaba.

Miró al director Huber, que con los ojos entornados seguía la melodía que su hija estaba interpretando; luego a Merrill, el ingeniero, tieso como un palo y con los ojos azules clavados en la nuca de la muchacha, sin pestañear; después a Hardie, el jefe de los explosivos, macizo y tosco, con una sonrisa primitiva en los labios...

Era el cuadro que podía repetirse mil veces, sin exagerar, dándolo como prototipo de una reunión de amigos donde todo fuese educación, dulzura, afán de hacer pasar a los demás un rato agradable. Todos ellos parecían estar a mil millas de la mina, de sus preocupaciones e incluso de las que había traído la presencia de un hombre de la SIP a aquella lujosa casa.

¡Y, sin embargo, el agente de la Spacial International Police estaba allí, serio, silencioso, observando a unos y a otros, pendiente de su actitud y del menor de los gestos!

Red miró a Morrison.

Se daba cuenta, sin saber exactamente por qué, de que era la única persona

en quién podía confiar. No obstante, volviendo a mirar a los demás, no pudo encontrar en ninguno de ellos nada que pudiese justificar la menor sospecha.

Pero faltaba el doctor Staff.

Y cuando Curtis pensó que mientras Catty alegraba a los reunidos y éstos la escuchaban embelesados, había un hombre que acababa de morir porque ellos no llegaron a tiempo para salvarle, se sintió más culpable que nadie, experimentando odio y repugnancia hacia sí mismo.

Otras ideas amargas le asaltaron, por lo que aplaudió mecánicamente cuando los demás lo hicieron al terminar las interpretaciones de la encantadora muchacha.

Alguien dijo entonces que convenía salir a la terraza. Y Morrison, sonriente y tranquilo, dijo:

—Sólo estaré un rato más con ustedes. Quiero volver a la ciudad.

—¿Tan pronto? —inquirió el director.

—Sí. Ya volveré mañana. Pero no voy a desairarle, señor Huber. Tomaré una copa en la terraza. Se está aquí muy bien y este sencillo y amistoso ambiente me encanta.

Red, que se había puesto en pie, como todos, sintió el frotamiento de algo que llevaba en el bolsillo.

La carta de su padre.

La había escrito, finalmente, aquella mañana antes de empezar a trabajar y la había llevado consigo, dispuesto a hacerla salir del recinto de cualquier manera, ya que estaba cada vez más convencido de que él no había fumado aquel cigarrillo que quemó inexplicablemente la anterior.

Todavía no sabía por qué lo habían hecho, pero no quería que ésta corriese la misma suerte que la interior.

Salió a la terraza, detrás de los demás. Aprovechando un instante en que el agente de la SIP se había alejado un poco de los otros para echar una ojeada al paisaje desde la balaustrada, se acercó rápidamente a él.

—Señor Morrison...

El hombre se volvió.

—¿Dígame?

—Tengo que hablar con usted ahora mismo —dijo precipitadamente el joven—. Disimule en lo posible. No quiero que oigan nada de lo que voy a decirle.

Stanley frunció el ceño, luego miró a los demás que estaban reunidos, mientras un camarero circulaba con una bandeja llena de copas.

—Puede usted hablar —dijo, volviendo la mirada hacia el muchacho.

—No sé si hablo con seguridad —dijo Red—, pero creo que conozco la manera que utilizan para sacar los diamantes de aquí.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Y cómo lo hacen?

—Con los cadáveres.

—¿Eh?

—Ya le he dicho que no lo sé con exactitud, pero estoy casi seguro de que lo hacen así.

—Muy interesante. ¿Y de dónde le vienen esas dotes policíacas, muchacho?

Red dudó unos instantes. Pero enseguida repuso:

—He salido hace muy poco de la Escuela de la SIP.

El otro acusó el golpe, mirando al joven con mayor interés.

—Eso es otra cosa. ¿Y por qué se salió?

—Fallé en la “prueba de la cornisa”: tuve miedo.

Stanley sonrió poniendo una mano sobre el hombro de Curtis.

—Espero que no se haya usted fabricado un complejo por eso. Cuando yo ingresé en la SIP no existía esa famosa prueba. En realidad, éramos tan pocos que no había prueba alguna. Teníamos que demostrar nuestras aptitudes en la vida real, en misiones verdaderas, en las que éramos acompañados a veces por un agente veterano.

Red dijo:

—Quizás hubiera sido bueno eso para mí.

—Es posible, pero no se preocupe demasiado. En cuanto a lo que me ha dicho, lo tendrá muy en cuenta e investigaré en ese sentido.

—Muchas gracias.

—Soy yo el agradecido, muchacho.

Iba Red a retirarse del agente cuando recordó lo otro.

—¿Podría usted hacerme un favor, señor?

—Si está al alcance de mi mano, ya puede considerarlo como hecho.

—Se trata, simplemente, de sacar una carta de aquí. Es para mi padre, médico en la Tierra.

—Naturalmente que lo haré; pero ¿le molestaría decirme por qué me la entrega precisamente a mí?

Bajando la voz, Red le contó rápidamente lo que había ocurrido con la otra carta.

Y cuando terminó, después de haberle entregado disimuladamente la carta, al agente, éste le dijo:

—Todo esto, amigo Curtis, es mucho más interesante de lo que pueda

parecerle. Le estoy muy agradecido... ¡Cuidado! El director se acerca...

Alzó la voz y habló en tono intrascendente.

—No crea, jovencito, que yo pueda aconsejarle ingresar en la SIP. Es una vida emocionante, de veras, pero creo que para usted será mucho mejor vivir en un lugar como éste, rodeado de personas tan encantadoras...

Huber, que estaba ya junto a ellos, hizo un gesto de protesta.

—¡Exagera usted, amigo mío! ¡Exagera usted!



CAPÍTULO VII

UANDO Red regresó a la clínica casi estaba amaneciendo.

Al llegar al “hall”, vio que la enfermera de guardia estaba ya allí y se acercó para saludarla, preguntando al mismo tiempo:

—¿Alguna novedad?

—No —repuso ésta—. Pero el doctor Staff ha dejado una nota para usted. Voy a dársela.

—Gracias.

Tomó el papel, dirigiéndose hacia los ascensores, ante cuya puerta lo leyó:

“Amigo Curtis: He hecho la autopsia del fallecido anoche. Voy a ir a la ciudad esta misma noche, ya que tengo algunos casos que resolver en la clínica de medicina general. Volveré para la hora del almuerzo. Espero que no tenga ningún trabajo desagradable. Tengo mucha confianza en usted. Un afectuoso saludo de su amigo

STAFF”.

Subió en el ascensor y entró poco después en la habitación. Había pensado echarse inmediatamente un rato, hasta que la enfermera lo llamase, pero

ahora, después de recibir la nota, una excitación singular se había apoderado de él.

“He hecho la autopsia...”.

¿No era curioso que fuese siempre el doctor quien se encargase personalmente de aquello sin reclamar la ayuda de Curtis.

“Tengo que ir a la ciudad...”.

También había ido a Venusville después de la otra autopsia, cuando Red pudo comprobar que el corazón del negro había desaparecido.

¡El corazón del negro!

Se llamó estúpido mil veces, mientras abandonaba su habitación. Corrió escaleras abajo hacia el sótano y penetró después en el depósito donde estaba el hombre muerto la noche anterior.

Se puso a trabajar inmediatamente.

Tomó una bata y sacó los instrumentos de la vitrina, examinando el cuerpo del hombre, con los anchos costurones que Staff había hecho para cerrar la piel después del examen legal.

Volvió a abrir la herida, y no tardó mucho en encontrar la falta de algo en aquel cuerpo: ¡Se habían llevado el hígado!

Pasándose la mano por la frente, Curtis intentó encontrar una relación entre aquella víscera y lo ocurrido al hombre, no pudiendo, naturalmente, hallar ninguna.

El minero había muerto, simple y llanamente, de hemorragia. El resto no importaba nada, ya que se trataba, como podía verse por su aspecto, de un hombre sano que hubiera llegado a ser abuelo de no ocurrirle el fatal accidente en la explosión.

Todo aquello era muy extraño.

Empezó a coser de nuevo el cuerpo, cuando una voz sonó a su espalda:

—¡Buenos días!

Se volvió sobresaltado y sorprendido: era Cathy.

La muchacha llevaba ya la bata y parecía fresca y lozana como si hubiera pasado la noche tranquilamente en su cama.

Curtis creyó que debía decir algo. Señaló el cuerpo y explicó:

—Estaba ejercitándome un poco, señorita Huber. La verdad es que no había tenido ocasión, desde hacía muchísimo tiempo, de rehacer una autopsia.

—¿No la había hecho ya el doctor Staff?

—Sí, pero ya le he dicho que estaba haciendo prácticas.

—Esperemos que el doctor no se enfade, aunque creo que no le gustará mucho saber que se utilizan los cuerpos de los accidentados para hacer prácticas de disección.

—¿Es que va usted a decírselo, señorita?

Ella sonrió.

—No, no se lo diré. Pero no vuelva a hacerlo, amigo mío.

—No lo haré.

—Comprenda que Staff puede interpretar esto como si usted deseara ultimar una labor hecha por él, que usted considerara imperfecta.

—¡De ningún modo!

—¿Estaba bien hecha la autopsia?

—Sí.

—¿No ha notado nada raro?

La miró, helándosele la sangre en las venas, ya que si aquella pregunta significaba lo que él estaba pensando, la culpabilidad de la muchacha quedaría demostrada.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que si ha notado usted alguna imperfección en lo que ha hecho el doctor Staff.

—¡Ninguna! —se apresuró a decir—. ¡Es una autopsia perfecta! En realidad, no he hecho más que abrir para saber cómo he de hacerlo cuando él me lo encargue.

Ella se adelantó.

—Déjeme coser a mí. Me gusta mucho.

—Y lo hace usted muy bien...

Ella se volvió y le miró a los ojos.

—¿Cómo lo sabe usted? —inquirió, frunciendo el ceño.

¡Qué estúpido había sido!

—Es sólo una figuración. Las mujeres suelen suturar mejor que nosotros.

—Hay excepciones.

Se puso a coser y él la contempló con satisfacción, pero lleno de dudas, sin saber si ella se había dado cuenta de su desliz, que demostraba que él había visto las suturas en el cadáver del negro...

* * *

Al aterrizar en el campo, Staff, sonriente, descendió de su helirrotor, dirigiéndose hacia el coche que ya le esperaba no muy lejos.

Y el chófer, al saludarle, le avisó:

—El director quiere verle, doctor.

—Vamos allá.

Encendió un cigarrillo, mirando complacido el orden y la limpieza que reinaban por doquier. Era la obra de todos, la más maravillosa organización que se había hecho jamás.

Cuando el vehículo se detuvo ante el palacio del director, Staff saltó ágilmente y penetró en el edificio, dirigiéndose directamente al despacho de Huber.

La puerta estaba entreabierta.

—¿Se puede? —inquirió, empujándola un poco.

—¡Pasa! ¡Pasa! —invitó Huber, que se paseaba por el despacho. Y cuando el otro estuvo junto a él, preguntó—: ¿Todo bien?

—Como siempre.

—Siéntate.

Staff obedeció, frunciendo el ceño al ver la expresión preocupada que había en el rostro de Huber.

Éste, después de pasear un poco ante el médico, se paró ante él, mirándole fijamente.

—Catty me ha llamado —dijo.

—¿Sí?

—Anoche, cuando la fiesta terminó, la mandé a la clínica, ya que empezaba a estar preocupado y con motivos...

—No entiendo.

—Ya sabes que ese Curtis volvió aquí...

—Le mandé yo. Deseaba estar tranquilo para poder trabajar solo.

—Lo comprendí enseguida. Pero ese muchacho aprovechó una ocasión, en la terraza, para hablar largamente con el tipo de la SIP.

—¿Qué importancia puede tener eso?

—Mucha.

—¿Por qué?

—Porque yo, que ya empezaba a estar nervioso de aquel misterioso cuchicheo, me acerqué, justo a tiempo para ver que Curtis le entregaba una carta al otro.

—¿Una... carta...?

—Como lo oyes.

La expresión del rostro del médico cambió como por ensalmo.

—¡Ha debido escribir a su padre otra vez!

—Eso me temo. Pero aún hay más.

—¿Qué quieres decir, Richard?

—Que, como te estaba contando antes, sospechando de ese tipo, mandé a Catty a la clínica, aunque estaba rendida después de la fiesta.

—¿Y qué? —inquirió Staff, cuya curiosidad le dominaba de una manera insoportable.

—¿Sabes lo que estaba haciendo tu ayudante!?

—¡Acaba de una vez, por favor!

—Ya voy. Estaba repitiendo la autopsia en el cuerpo del hombre que murió anoche.

—¿En? ¡Es imposible que sospeche nada!

—No estoy yo tan seguro, Staff. Porque aún hay más.

Staff no dijo nada.

Había palidecido y una expresión de temor brillaba en sus pupilas.

Huber continuó:

—Le dijo a Catty, cuando ésta, sin darse por enterada, se brindó a coser, que lo hacía muy bien, lo que demuestra, sin ningún género de dudas, que estuvo hurgando también en el otro cadáver. ¡Ha sido un error enorme traerlo aquí!

—¿Y qué podía hacer yo? Necesitaba un hombre para que atendiese a los accidentados de verdad. Y preferí un estudiante a un médico, que hubiera sido mucho más curioso.

—¿Tú crees? —inquirió Huber, no sin un tono de amarga sorna.

—No lo sé. Me, cuesta creer que sepa algo concreto.

—Yo estoy seguro de que sí.

Hubo un silencio.

Luego, Staff, con una cruel sonrisa en los labios, dijo:

—Creo que no debemos preocuparnos excesivamente. Podemos probarle.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Diremos a Robert que nos fabrique otro accidente mortal... y esta noche saldremos de dudas.

—¿Y si fuese peligroso?

La sonrisa se amplió en los labios del médico.

—¿No sabes, Huber, que nuestro jovencito desea visitar la explotación? Le llevaremos a verla... y algo ocurrirá para que olvide definitivamente todo lo que sepa.

—Comprendo.

—Deja de preocuparte por él.

—¿Y el de la SIP?

—Ése no encontrará pruebas de ninguna clase.

—Olvidas que Curtis puede haberle dicho algo concreto.

—¿Y qué?

—No entiendo.

—Suprimiremos los viajes especiales durante una temporada; es decir, los seguiré haciendo, de modo a que los de la policía de control no sospechen. Y si el de la SIP sabe algo, intentará comprobar sin conseguir absolutamente nada.

—¿Y la carta?

—Es lo que puede ser más peligroso. Pero estoy seguro de que el de la SIP se limitará a echarla. Y nuestro querido amigo recibirá la respuesta aquí... no sin que antes pase por nuestras manos. Además, mis temores pueden ser

excesivos.

—Hiciste bien, no obstante, de curarte en salud.

—Fue una fatalidad en la que no pensé hasta leer lo que ese idiota estaba escribiendo. ¿Cómo iba a imaginarme que era, precisamente, el hijo de Harold Curtis?

—Sí que fue casualidad.

—Casualidad y mala suerte. Yo no podía pensar cuando Robert me comunicó que lo había contratado en Nueva York, que era hijo suyo. Pero no importa. Recibirá la respuesta de su padre y es muy posible que tengamos que comunicar al doctor Curtis que su hijo ha muerto como un héroe en el cumplimiento de su deber...

—Será una solución perfecta. ¡Estaría bueno que un mocoso echase por tierra nuestros planes!

—No te preocupes, Richard. Todo se arreglará.

—¿Vas a hablar con Robert?

—Ahora mismo. No podemos perder tiempo.

Salió del despacho, ordenando al chófer, una vez estuvo sentado en el coche, que se dirigiese hacia la explotación.

Momentos después estaba ya en la zona, donde la carretera se estrechaba considerablemente hasta convertirse luego en un camino difícil, entre las anfractuosidades que la mina a cielo abierto formaba a ambos lados.

No tardó mucho en encontrarse con el jefe de explosiones que estaba hablando con el ingeniero.

En pocas palabras explicó a los dos hombres lo que ocurría.

Los ojos azules de Raif lanzaron chispas.

—¡Maldito entrometido! ¿Por qué no me dejas que le ajuste las cuentas?

—No seas impulsivo, Merril. Es mejor que hagamos las cosas con limpieza.

Se volvió hacia Robert, después de un corto silencio, y ordenó:

—Provoca un accidente, pero que el tipo llegue muerto a la clínica. No necesitamos más para realizar esta noche la comprobación de lo que sabe ese imbécil.

—Bien. Cuenta con ella.

CAPÍTULO VIII



O hubo nada de trabajo en toda la mañana y Red se la pasó en su habitación, reflexionando sobre un montón de extrañas ideas que se agolpaban en su mente.

Un poco antes de mediodía y después de haber llenado casi por completo el cenicero de su habitación, se dijo que no le sentaría mal dar una vuelta por la clínica e incluso salir al jardín que bordeaba la fachada. Y así lo hizo.

Pero justamente cuando salía, vio el lujoso coche de Catty que se alejaba en dirección a la casa de su padre.

Le costaba creer que la muchacha tuviese que ver algo con todo lo que sabía, aunque esto era muy poco y no había llegado, ni con mucho, a comprenderlo.

Penetró de nuevo en la clínica, dirigiéndose a la sala de curas de un modo mecánico, como un autómata. Pero al llegar allí y abrir la puerta, descubrió que un motivo oculto le había llevado hasta aquel lugar.

“Lo habrán quitado ya...” —pensó.

Pero no era así.

Acercándose a la mesa de curas, vio que el depósito de sangre, casi vacío, que habían utilizado con el hombre que llegó el día anterior, estaba aún allí.

Le temblaban los dedos cuando lo cogió, descolgándolo y examinándolo a la luz de la ventana.

No parecía ser diferente a los otros frascos de plasma que allí había ni a los que había en la clínica de su padre.

Sin embargo...

Una idea fue abriéndose camino trabajosamente en su mente. Y después de ocultar el frasco, salió al “hall”, acercándose a la enfermera de turno.

—Señorita... —dijo.

—¿Qué desea?

—¿Sabe usted si tenemos aquí animales de investigación? La verdad es que la falta de trabajo me aburre y quisiera hacer algo...

Ella sonrió.

Dijo:

—Me parece que podré complacerle, señor Curtis. En el sótano y más allá del depósito de cadáveres, hay un cuarto donde el doctor Staff tiene unas ratitas...

—¿Trabaja con ellas?

—No, señor. Las traje aquí hace mucho tiempo y dijo que iba a realizar unas experiencias de no sé qué... pero la verdad es que nunca más se ha preocupado de ellas.

—Entonces estarán muertas.

—¡Oh, no! Cuando las traje me encargó que cuidara de ellas. Y yo he dado de comer cada día y limpiado las jaulas una vez por semana. ¡Son monísimas!

—Necesitaría un par de ellas, señorita...

—¡Claro que sí! Voy a darle la llave y usted mismo podrá coger las que quiera. Han criado dos veces y hay más de cien.

—Yo le rogaría, señorita, que no dijese nada al doctor Staff. No quisiera que tomase a mal mi trabajo.

—No tema. Ni él mismo sabe las ratas que hay allí. No diré nada, señor Curtis...

—Es usted muy amable...

Ella sonrió halagada.

—Tome la llave.

Curtis no podía contener sus nervios mientras se dirigía a la habitación que la enfermera le había indicado. En efecto, las jaulas y las ratitas estaban allí y él cogió dos de ellas, metiéndoselas en el bolsillo de la bata.

Luego cerró, devolviendo la llave a la enfermera.

Rehuyó la conversación banal de la muchacha y marchó a la sala de curas, donde tomó el frasco que había ocultado, llevándose también un estuche de jeringuillas y agujas esterilizadas. Luego recogió un frasco de plasma de los que había en la nevera y con todo ello se dirigió a su cuarto, cuya puerta cerró con llave.

Estaba emocionado.

Sujetó como pudo a los dos animales e inyectó al primero por vía intravenosa un centímetro cúbico del suero que se había empleado con el accidentado. Luego hizo lo mismo con la otra ratita, pero empleando el suero que había sacado del frigorífico, después colocó los dos animalitos sobre la mesa.

Durante los primeros treinta segundos, nada ocurrió de particular. Había escogido una rata blanca y una negra para no equivocarse en la experiencia y había sido la blanca la que recibió el suero utilizado con el hombre que había muerto.

De repente, la ratita alba sufrió un estremecimiento que le recorrió el cuerpo desde la cabeza a la cola, cayendo muerta como fulminada.

Red la tomó en sus manos.

Bajo la piel sedosa, los tegumentos iban tomando un fuerte color azulado, que viraba rápidamente hacia el violeta intenso.

Exclamó:

—¡Dios mío!

Porque ahora no podía caberle duda alguna. El suero utilizado inocentemente por la enfermera que atendió al accidentado... ¡estaba cargado de veneno! Se estremeció profundamente.

Nada le ocurría a la ratita negra, que estaba corriendo de un lado para otro, oliendo con su intranquilo y húmedo hociquillo los objetos que había sobre la mesa.

Pero... ¿por qué? ¿Por qué mataban a los hombres con aquella espantosa frialdad?

Era imposible dejar de dudar de la primera operación que había visto hacer a Staff. Y ahora estaba completamente seguro de que había sido el asesino bisturí del doctor el que se había hundido alevosamente en el corazón del pobre negro para acabar con su vida.

Lo que tenía que hacer era salir de allí, fuera como fuese, llevándose una muestra del suero envenenado y ponerse en contacto con el agente de la SIP, para comunicarle cuanto sabía.

* * *

El accidentado, ya cadáver, ingresó en la clínica al atardecer.

Staff le acompañaba y fue recibido por Curtis, marchando los dos al quirófano.

—¡No he podido hacer nada, muchacho! —se lamentaba William—. La muerte fue fulminante.

—Es una lástima.

—Lo que parece mentira es que haya locos como este desdichado. Sonó la sirena de aviso, y debía haberse ocultado mejor. Pero, como puede usted ver, amigo mío, una masa de grafito tremenda le ha aplastado el tórax, causándole la muerte instantáneamente.

—¿No le habré traído yo la mala suerte doctor?

Staff frunció el ceño.

—¿Por qué? —inquirió.

—Está claro. Llevo aquí tres días y ha muerto un hombre por día... ¿no le parece evidente?

Staff sonrió.

—No diga bobadas, muchacho. No quiero que llegue a pensar absurdos como éstos. Usted es un hombre eficiente y hasta ahora me ha ayudado mucho. Además, no ha de hacer caso de las bajas. Siempre las hay en las minas... por desgracia. ¿Sabe que tuvimos once muertos el mes pasado?

—¿Tantos?

—Como lo oye. Claro que salvamos a muchos heridos graves. Pero el Consejo Mundial sabe ya que, este maldito grafito es el culpable de todo. Se astilla de una manera tan rara que no puede uno prever lo que va a hacer.

Hubo un silencio, que fue roto por Staff.

—Amigo mío... vaya a descansar, puesto que mañana podemos tener

trabajo de nuevo. Yo voy a hacer la autopsia de este pobre hombre.

—¿No quiere que le ayude, señor?

—No es necesario. Además, voy a hacerla de una manera somera. El director me ha llamado y saldré enseguida que termine para su casa. ¡Buenas noches, Curtis!

—Buenas noches, doctor.

Red fue a su habitación, pero ni siquiera le pasó por la cabeza desnudarse.

Necesitaba poseer más y más datos para informar en cuanto pudiera al agente de la SIP. Y estaba dispuesto a bajar al depósito en cuanto el doctor se hubiera marchado.

Abrió la ventana y se asomó al exterior, después de haber apagado la luz, dispuesto a comprobar el momento en que Staff se alejase con su coche. Lo que ocurrió veinte minutos más tarde.

Red esperó un poco más, hasta que la luz trasera del vehículo de Staff se perdió en la lejanía. Después abandono su cuarto y descendió por la escalera, hasta el sótano, pasando al depósito rápidamente.

El cadáver estaba cubierto por un lienzo.

Al destaparlo, Curtis vio que el médico no había cerrado las incisiones practicadas. Así fue muy sencillo dilatarlas de nuevo para contemplar el interior de las cavidades orgánicas.

¡Faltaban los dos pulmones!

Red se quedó allí, mirando el cuerpo, a la vez que pensaba intensamente en todo lo que había ocurrido desde su llegada a la explotación y diciéndose que no iba a ser demasiado difícil el descubrir la manera como sacaban los diamantes de “Doller Feston”.

Aunque, ¿de dónde procedían los diamantes?

De la conversación que había tenido lugar el día anterior, durante la reunión, se podía deducir que era completamente imposible que nadie cogiera una piedra en la explotación, ya que el famoso “perceptor” lo habría señalado.

¿Entonces?

Hizo un esfuerzo agotador, intentando encontrar una respuesta lógica a aquella angustiada pregunta.

Y fue entonces, justamente en aquel instante, cuando la voz de Staff sonó a su espalda.

—¡Hola, muchacho!

Red sintió que sus piernas flaqueaban y tuvo que apoyarse en la helada mesa de mármol para no caer, a la vez que una intensa palidez se extendía por su rostro.

Pero Staff sonreía.

—Me parece que le he asustado. ¡Qué estúpido soy!

—Yo... —balbució el joven.

—No debe ponerse nervioso, Curtis. Ya sé que es usted, un muchacho excesivamente trabajador y que deseaba ayudarme. Quizá pensaba hacer las

suturas, ¿verdad?

—Eso... es... sí... señor.

—Bien. Es usted demasiado amable. Debía estar descansando y se preocupa por ayudarme. ¡No sé cómo pagárselo!

—No tiene importancia, señor...

Staff se acercó al cadáver.

—Espero que no haya visto mal el rápido trabajo que hice. Tenía prisa...

—Lo comprendo, señor.

—Me limité a hacer las incisiones corrientes, pero ya veo que ha utilizado los separadores. ¿Ha notado algo extraño?

—¿Yo, señor?

—¡Vamos, Red! Nunca creí que fuese tan tímido. Imagínese que soy su profesor y que le estoy preguntando algo de lo que, puede salir un aprobado. ¿Ha notado algo en el interior del tórax, Curtis?

—Faltan los pulmones, señor.

—¡Naturalmente! ¡Es elemental! Y seguro que se estará preguntando por qué le he quitado los pulmones a este pobre hombre... claro que ya no los necesita para respirar... Venga conmigo, Red.

Curtis, que todavía, no había recuperado toda su sangre fría, siguió al médico, que abrió una habitación que había al lado y cuya puerta daba al pasillo.

—Pase, muchacho.

Era una estancia no muy amplia, con estanterías por todas partes. Sobre ellas y en grandes frascos con formol, había vísceras de las más diversas.

—¿Lo entiende ahora?

—No, señor...

—Pues bien. Aquí donde me tiene, yo era antes un hombre interesado por la Histopatología... Me pasaba el tiempo examinando preparaciones al microscopio. Era una verdadera obsesión... Al venir aquí y contando con medios que no había poseído jamás, intenté hacer algo importante, trabajar en una memoria. E incluso adquirí ratas para experimentación, llenando este cuarto con vísceras que, como ve usted, han quedado como al principio...

“Falta de tiempo... eso es todo, muchacho. Pero ahora que está usted aquí, las cosas van a cambiar y voy a montar un buen laboratorio de investigación donde podrá empezar a trabajar. ¿Le gustaría, Curtis?

—Muchísimo, señor.

—Pues ¡de acuerdo! ¡No se hable más! Y ahora quería decirle una cosa...

Red escuchaba atentamente mientras pensaba que todas sus ideas habían fracasado, ya que las vísceras estaban allí y no eran, como creyó, el medio utilizado para sacar los diamantes.

—Sé que tiene usted ganas de visitar la explotación. ¿No es cierto?

—Sí, doctor.

—Pues bien. Mañana saldremos juntos y le haré ver todo, hasta el último rincón. ¡Se lo merece, muchacho!

Salieron del cuarto, que Staff volvió a cerrar con llave.

—Ahora, ya que desea verdaderamente ayudarme, haga el favor de cerrar ese cadáver; pero después, amigo mío, ha de prometerme que se irá a dormir, ¿eh?

—Se lo prometo, señor.

—Tiene que estar descansado para mañana. ¡Le espera un viaje lleno de emociones!

—Muchas gracias.

—¡Hasta mañana!

—Hasta mañana, doctor.

Red empezó a hacer la sutura, pero sus manos se mostraban torpes, ya que su espíritu estaba muy lejos de lo que estaba haciendo.

¿Era posible que su hermosa hipótesis se hubiera venido abajo de una manera tan ruidosa?

De todos modos, debía avisar a Morrison por el medio que fuese. Tenía que comunicarle que se había equivocado...

Y de repente un pensamiento luminoso se abrió paso en su mente.

¡No había pensado en el regreso del doctor!

Calculó someramente el tiempo que había tardado en volver, diciéndose que era imposible que el coche hubiera regresado desde tan lejos en tan corto espacio de tiempo.

¡Aquello quería decir que se había quedado para espiarle y que el coche se lo llevó otra persona!

¡Ahora lo entendía todo!

Y aquella visita tan emocionante que querían que hiciera al día siguiente no era ni más ni menos que una trampa.

Se le heló la sangre en las venas.

Si mataban a la gente con tanta frialdad —y la prueba la tenía allí, ante sus ojos—, ¿cómo iban a dudar en suprimirle si le consideraban peligroso?

Y si así lo creían... ¿era porque había descubierto algo importante y su hipótesis no era tan falsa como le pareció poco antes!

¡Tenía que huir!



TANLEY MORRISON había abierto la carta de Curtis antes de enviarla. Por lo que el muchacho le había contado respecto a la misteriosa destrucción de la anterior, algo debía haber en el escrito que disgustaba o preocupaba a alguien.

Leyó la carta varias veces, viendo que no hablaba en realidad más que de lo que un joven puede contar a su padre, citando, eso sí, al doctor Staff varias veces.

“Debe ser muy parecida a la anterior —pensó el agente de la SIP—, lo que quiere decir que debe contener el mismo peligro para alguien que la que fue destruida. Y aquí no se cita más que a William Staff...”.

Escribió una nota en clave, pasando luego también la carta al mismo medio y trasmitiéndolo todo, por cable urgente y con prioridad absoluta, a la Central de la SIP.

Luego sonrió.

Si algo extraño había en todo aquello, recibiría la contestación aquel mismo día, ya que Callowan movilizaría todos sus agentes para que se movieran en todas direcciones, visitando, en primer lugar, al padre de Curtis.

Una vez enviados los despachos, Stanley abandonó su oficina, dirigiéndose en un helirrotor a la zona de control de la explotación.

Un capitán de la policía local, asistido por dos técnicos del Consejo Mundial, ocupaban los amplios departamentos de las oficinas.

Morrison les saludó y después se dio a conocer. Enseguida preguntó:

—Deseo saber si se investiga el paso de los cadáveres de los obreros muertos en accidente.

Le contestó uno de los técnicos.

—Sí, señor.

—¿Cómo se hace?

—De la misma manera que controlamos el paso de los demás... aunque estén vivos. Los rayos X no dejan lugar a dudas.

—¿Es imposible ocultar diamantes en un cadáver?

—Imposible no, pero no pasaría el control.

—¿Pasan por aquí otras cosas?

—¿Qué quiere usted decir?

—Me refiero a trozos de cadáveres, partes de cuerpos...

—Ya entiendo. Y tengo que decirle que sí. El doctor Staff, que es un verdadero sabio, saca y entra sus preparaciones viscerales.

—¿Cómo son?

—Sencillamente, frascos con formol. Pero no vaya a pensar que hay diamantes en el interior.

—¿Cómo sabe que no es así?

—Porque todo, absolutamente todo, pasa por los rayos X, lo que hace imposible que se oculte nada en esas piezas anatómicas. Y no hablemos más de eso, por favor.

—¿Por qué?

—Es una cosa que me repugna. ¡Si usted las viese! Hay corazones, hígados, pulmones, riñones... ¡yo qué sé! Con unos repugnantes coágulos... ¡Dios mío, qué poca cosa somos!

Stanley se puso en pie.

—Les agradezco su preciosa información. Buenos días, señores.

—Adiós.

El cerebro de Morrison estaba muy lejos de gozar de la claridad que él hubiera deseado. Cada vez lo entendía menos.

Subió al helirrotor y regresó a la ciudad, posándose sobre la azotea del edificio en el que tenía la oficina. Una vez en el interior, se sentó y encendió un cigarrillo, reflexionando sobre todo aquel embrollo.

“Veamos... —se dijo—. No hay duda alguna que han salido valiosos diamantes de la explotación. Pero hasta ahora no se puede explicar cómo los sacan... Es evidente que Staff es culpable y que debe de ser él el autor de las salidas de brillantes; pero ¿cómo demonios lo hace?”.

Era para volverse loco.

Tanto cadáveres como vísceras pasaban ante la pantalla de los inexorables Rayos X, lo que hacía imposible que las piedras fueran ocultas en los unos o en las otras.

Dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Sin embargo —rugió—, salen de alguna manera, ya que han llegado a la Tierra!

Pasó toda la tarde allí, frenético, fumando cigarrillo tras cigarrillo, reflexionando sobre aquello y sobre el problema de la carta que el joven había encontrado quemada en la mesa de su habitación.

Era aquel el segundo misterio que le desafiaba cruelmente. Pero, por suerte, cuando ya era casi de noche, un empleado de Comunicaciones le llevó una voluminosa carta que el teletipo había captado y que estaba en la clase ST-VITI.

Jamás trabajó con tanto afán.

Tradujo el texto, que decía lo siguiente:

“De Central SIP a Local Venusville. Urgente.

“Hemos visitado al doctor Curtis y charlado con él, rogándole contestase a

su hijo para poder enviar su respuesta, que le adjuntamos, ya que no hemos conseguido sacar nada en limpio del doctor Curtis. Enviamos, en nota aparte, una foto, transmitida por belino y que el doctor nos ha remitido”.

La carta del padre de Curtis no contenía nada interesante, a no ser un párrafo, que enseguida llamó la atención de Stanley.

“Me alegra mucho, hijo mío, que trabajes con el doctor Staff, al que conocí hace, tiempo, ya que estudió conmigo. Es un hombre muy capaz y dotado de un amor infinito hacia la Medicina. Te envío, para que se la enseñes, una fotografía que nos hicimos al final del curso. He marcado a Staff con una flecha y así verá que no me he olvidado de él. Dale muchos recuerdos de mi parte y dile que estoy muy agradecido por todo lo que haga por ti...”.

Con ademanes nerviosos y maldiciendo el tiempo, Morrison hurgó en el sobre que le había entregado el empleado de comunicaciones, encontrando la foto que inadvertidamente se había quedado en el interior.

La flecha mareaba una persona en la primera fila: ¡pero no era el doctor Staff!

Stanley dio un salto.

Ahora empezaba a comprender algo, ya que el Staff que él conocía no era la persona que estaba allí marcada y que, a pesar del paso de los años, no podía equivocarse al más lerdo.

El Staff de la foto era alto, esbelto, de amplia frente, completamente distinto al gordete y bajito Staff que el agente de la SIP conocía.

¡Se comprendía ahora el interés del falso Staff en destruir la carta del joven Curtis que había descubierto seguramente por casualidad, al visitar la habitación del muchacho!

Estaba claro que al leerla, al enterarse que Red era el hijo de un antiguo discípulo de...

Pero ¿cómo sabía el falso Staff todo aquello?

Morrison se apoderó de la foto. Tomó una potente lupa y empezó a examinar los rostros del medio centenar de alumnos que se había reunido en aquel final de curso.

Y, de repente...

¡El falso Staff estaba allí, inconfundible, en uno de los ángulos, sonriente y seguro, con aquella mirada brillante tras los cristales de sus gafas de miope!

Los nervios de Morrison daban saltos.

Se percataba en aquellos momentos del peligro que corría el joven Red, ya que si alguien había sospechado lo de la carta —y todos habían visto cómo los dos hombres conversaban quedamente en la terraza—, no querrían correr el

riesgo de tener entre ellos a alguien que podía proporcionar el dato necesario para atacar aquella organización infranqueable.

¡Y él tenía el motivo!

Stanley se metió la foto en el bolsillo y salió de la oficina como una exhalación, para tomar el ascensor que le dejó en la terraza.

Saltó al helirrotor y arrancó a toda velocidad, en dirección a los yacimientos diamantíferos.

* * *

Amanecía cuando el teléfono sonó en la habitación de Red.

Éste, que no se había acostado en toda la noche, se acercó al aparato y lo descolgó.

—¿Diga?

Le sorprendió la voz agradable de Catty.

—¡Buenos días, dormilón!

—¡Ah, es usted, señorita!

—¡Naturalmente! El doctor Staff me ha ordenado que le despertase y ya tengo preparado el coche para hacer un viaje maravilloso. ¿No le dijo anoche que íbamos a visitar la explotación?

—Sí, me lo dijo.

—¿Entonces?

Hubo una pausa.

Curtis, que ya no dudaba de la culpabilidad de toda aquella gente, incluida la muchacha, se daba cuenta de que tenían prisa, muchísima prisa, por hacerle desaparecer.

“Un accidente —pensó—, es, como ya sé, una cosa muy frecuente y sencilla en la mina”.

Por eso, en voz alta, repuso:

—Lo siento, señorita Huber, pero no puedo ir.

—¿Por qué?

—No me siento bien. He dormido muy poco y no quiero salir hoy.

—¡Por Dios! ¿Es que va a ser capaz de rehusar la invitación de una muchacha? —su voz se hizo extraordinariamente melosa—. ¿Tan poco le importo, Red?

Era la primera vez que le llamaba por su nombre y también la primera que utilizaba aquel tono cautivador de voz.

—Lo siento de veras... saldremos otro día.

Se sorprendió al oír el brusco golpe del receptor al otro extremo de la línea.

Ella había colgado, seguramente furiosa.

—¡La muy bruja! —exclamó el joven—. Tienes prisa porque vaya a la

explotación, ¿eh?

Estaba seguro de que ella iba a informar a los otros de su decisión de no salir de la clínica.

“Ni siquiera saldré de la habitación”, se afirmó a sí mismo.

Los minutos empezaron a parecerle tremendamente largos, sin saber qué podía estar pensando los otros, después de su primer fracaso.

Pero pronto salió de dudas.

Llamaron a la puerta y no tuvo más remedio que abrir.

Staff y el ingeniero estaban allí.

—Buenos días, amigo —saludó el médico, penetrando, seguido por el otro—. La señorita Huber me ha dicho que no se siente bien y he venido a ver qué le ocurre. ¿Qué le pasa, Curtis?

—Nada de particular. Me siento fatigado, doctor.

—¿Fiebre?

—No.

—Estábamos ya todos dispuestos, con los coches preparados para acompañarle a visitar la explotación. Incluso el ingeniero quería mostrarle personalmente algunas cosas.

—Podremos hacerlo otro día.

—Va a ser difícil, muchacho. No podemos movilizarlos todos para complacer a un chico tan caprichoso y voluble como usted.

—Crea que lo lamento.

—Nosotros también, ¿verdad, Merrill?

Y el médico se hizo a un lado.

Fue entonces, cuando al apartarse Staff y dejar al descubierto la alta silueta del ingeniero, Red pudo ver que Merrill tenía una pistola en la mano.

—¿Qué significa esto? —preguntó alarmado.

Merril, sonriente, repuso:

—Muy sencillo, entrometido. Ha llegado la hora de dejar de ser curioso.

—Pero...

—¡Silencio! ¡Átalo bien, Staff!

El médico no se hizo rogar y, pasando a la espalda del joven, le ató las muñecas con todas sus fuerzas.

—No hay que ser tan curioso, muchacho. Es un verdadero peligro...

Red, que ya había perdido las esperanzas, no pudo contenerse.

—¡Canallas! ¿Creéis que vais a escapar por suprimirme? El señor Morrison se encargará de llevaros al patíbulo.

—Muy interesante —dijo Staff—, pero parece ignorar que no se puede ajusticiar a nadie sin pruebas.

—¡Él las encontrará!

—Eres muy ingenuo, muchacho. Lástima que no te limitaras a estarte tranquilo, cumpliendo con tu deber y sin meterte donde no te importaba.

—¡Eso es lo que debía haber hecho usted! ¿Por qué quemó la carta que había escrito a mi padre?

Staff se sobresaltó. Pero, dominándose contestó:

—No sé de qué me hablas. Debes de estar soñando.

—¡No se saldrá con la suya, Staff! ¡Le di una carta exactamente igual al hombre de la SIP!

Sin poder contenerse, el doctor abofeteó cruelmente al muchacho.

—Te crees listo, ¿verdad? De poco te va a servir el serlo. Porque muy pronto, antes de lo que te imaginas, vas a pasar un rato muy desagradable.

—¡Vamos! —insistió el ingeniero—. No perdamos más tiempo.

Lo sacaron de la habitación, bajándolo en el ascensor hasta el último piso. Una vez en el sótano, tomaron el pasillo en el que se hallaba el depósito, marchando hasta el final. Allí abrieron una puerta que daba al exterior y que Red no había traspasado nunca.

El coche del médico estaba allí.

—Tumbalo en la parte de atrás —dijo Merrill— y échale esa tela por encima.

—¿Y si hace el tonto?

—Le das un buen golpe en la cabeza para que se tranquilice.

El coche se puso en marcha poco después, tomando la autopista que llevaba a las minas.

Encogido bajo la tela áspera que le envolvía, Red se dijo tristemente que su parte en aquella partida de caza había terminado. Estaba visto que nunca, aunque hubiera pasado la prueba de la cornisa, hubiera sido un buen agente de la SIP.

Y al pensar en la SIP, se preguntó qué podía estar haciendo en aquellos momentos el agente Morrison.

El viaje duró cerca de media hora y ya brillaba el sol en el horizonte cuando, finalmente, el coche se detuvo ante la entrada de una galería, en cielo abierto, donde Hardie, el jefe de explosivos, les esperaba.

—¿Ya traéis al pájaro? —inquirió.

—Sí. Aquí lo tienes.

—Traedlo para acá. Le tengo preparado un alojamiento especial.

—¿Has vaciado esta galería?

—Por completo. Los equipos más cercanos están a más de seis millas. Nadie se enterará de nada.

—Perfecto.

Quitaron la tela, cogiendo por el brazo a Red y llevándolo a la fuerza por el estrecho pasadizo que se adentraba en la explotación. El grafito, el terrible

grafito, se mostraba por todas partes, adoptando forma de salvajes cuchillos cuya peligrosidad se hacía patente en cada explosión.

Cuando hubieron andado un centenar de metros, Hardie hizo una señal con la mano, señalando a una especie de embudo negro.

—Ponedlo ahí —ordenó.

Le obedecieron sin rechistar.

Entonces Robert ató los tobillos del joven, después sacó de la mochila que llevaba unas tabletas de “plastik”, que colocó con esparadrapo negro sobre las láminas vecinas de grafito.

Luego reparó el cable.

—Podemos irnos ya —dijo.

Staff miró a Curtis, con una sonrisa cruel.

—Hasta la vista, muchacho... y espero que tardemos muchos años en vernos.

—¡Vete al infierno! —rugió Red.

—Ahí, precisamente —rio el otro—, es donde va a enviarte dentro de unos instantes nuestro querido amigo Hardie.

—¡Vamos ya! —insistió éste.

Se alejaron los dos.

Y entonces, solo ante la muerte que iba a llegar inexorable de un momento a otro, Red pensó dolorosamente en su padre al que no volvería a ver más.

CAPÍTULO X



TANLEY no se posó, como debía haberlo hecho, en el campo de aterrizaje de la explotación, pero sí envió un mensaje radiado al control, diciendo quién era. Así, merced al permiso especial que poseía, le permitieron que continuara sobrevolando la zona.

Dirigió el aparato hacia la clínica.

Hacía ya más de media hora que había amanecido.

Se mantuvo a bastante altura, echando continuas ojeadas con el visor telescópico de que su aparato estaba dotado. Fue así cómo pudo ver un coche que abandonaba la parte posterior de la clínica y tomaba el camino que conducía a las minas.

Sin perder altura y deteniéndose a una respetable distancia del coche, enfocó su telescopio, con el que vio perfectamente a Staff, en la parte posterior, junto a un bulto cubierto con una tela.

Se estremeció. Porque aquello le hacía temer haber llegado demasiado tarde. No obstante su nerviosismo, se mantuvo siempre en la misma dirección, experimentando una alegría tremenda al ver que, al llegar a una parte escondida de la explotación, bajaban vivo a Red: que había salido de debajo de la tela.

Se imaginaba perfectamente lo que trataban de hacer con él. Y así, forjando rápidamente un plan, perdió altura, previamente había adaptado en los motores el dispositivo silencioso, y describió un círculo de manera a posarse poco después al otro lado de la brecha de la excavación, sin que los hombres que iban con Red pudiesen darse cuenta de ello.

Después de haber descendido con el helirrotor en una depresión que lo ocultaba completamente a la vista de alguien que estuviese lejos, Stanley abandonó el aparato y avanzó rápidamente por entre las grietas, guiándose por las voces que oía, entre las que reconoció las de Staff y la del jefe de

explosiones.

Poco después, desde un recodo, parcialmente oculto, veía alejarse a los tres hombres, después de dejar al joven Morris atado en el fondo de una depresión.

Esperó unos instantes más, lanzándose luego decididamente hacia adelante, al mismo tiempo que hacía un gesto con la mano para evitar que saliese de la boca del muchacho la exclamación de sorpresa que le produjo ver aparecer, en momento tan inesperado, al agente de la SIP.

—¡Silencio! ¡Voy a desatarle!

Lo hizo, sin perder de vista a las pastillas de “plastik” que los granujas habían colocado en la proximidad. Contaba cada segundo, ya que la explosión no iba a tardar en producirse. Pero Stanley calculaba que Staff y los otros se alejarían lo suficiente para evitar que el peligroso grafito cayese sobre ellos.

—¡Corre!

Huyeron a toda velocidad, pensando en lo mismo, en aquellas agujas peligrosas y negras en que se partirían las láminas de grafito y que podían clavarse hondamente en sus cuerpos, si no se encontraban lejos.

—¡Aprisa!

La explosión les sorprendió, obligándoles a lanzarse al suelo, pegándose a él mientras la onda expansiva les rodeaba.

—¡Cúbrete la cabeza, muchacho!

Red lo hizo, oyendo, mientras se estremecía de horror, el ruido de los trozos de grafito que rebotaban siniestramente por todas partes.

Pero tuvieron suerte.

Cuando se levantaron, aún rodeados por una humareda negra de una gran densidad, se abrazaron, contentos de haber escapado a la peor prueba de sus vidas.

—Volvamos atrás... —dijo Stanley.

—¿Qué vamos a hacer?

—Estropearles la alegría.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que volverán con toda seguridad al lugar de la explosión, para no tener duda alguna de tu muerte, recuperar tus restos y poder decir a todo el mundo que has muerto como un héroe.

—¡Bandidos!

—No te preocupes. Les queda poco.

Retrocedieron rápidamente, pero tuvieron que avanzar con todo cuidado, aún medio envueltos por la negrísima humareda que se había desprendido del grafito.

Pero llegaron a tiempo.

Porque Staff, Merrill y Hardie estaban ya allí, observando detenidamente el lugar de la explosión.

—No veo nada —dijo el doctor.

—Ha debido quedar destrozado.

—Desde luego.

—Así lo diremos en la comunicación.

Merril intervino.

—Esto me recuerda —dijo— lo que ocurrió a tu compañero, doctor. Tampoco quedó de él ni un trozo de carne...

—¡Cállate ahora!

—¿Es que no te agrada recordarlo? Ya ves que cuando yo preparo una explosión, sé lo que me hago...

Stanley le había dado una pistola al joven y él empuñaba otra.

—Vamos.

Y surgieron de la negrura viscosa del grafito, como dos seres justicieros e inflexibles.

—¡Arriba las manos! —gritó Morrison—. ¡Se acabó vuestra historia, granujas!

Una nueva bomba que hubiera estallado a los pies de aquellos hombres no hubiese producido un efecto semejante.

Merril y Hardie reaccionaron de la misma manera. Ambos fueron en busca de sus pistolas, deseando defender su libertad y su vida.

Pero Stanley, al tiempo que disparaba, indicó a Red:

—¡Tú a Hardie, muchacho!

Red obedeció tan aprisa que los dos disparos parecieron producirse al unísono.

El ingeniero y el jefe de explosivos cayeron para no levantarse más.

Pero Staff, que había perdido las gafas al tirarse al suelo, ya que oyó las balas pasar a su lado, se incorporó y quedó de rodillas, llorando vergonzosamente.

—¡No me matéis! ¡No me matéis!

Stanley se acercó, poniéndole las esposas.

—Eres un gusano... ¡doctor!... ¿Cómo te llamas, maldito?

—Soy Harry Benson... —dijo el hombrecillo—. El doctor Benson...

—¿Y Staff?

—Era el médico de la “Doller Feston”. Cuando me llamó Huber, que deseaba sacar diamantes de contrabando... lo matamos. Le hicimos volar cerca de aquí.

—Por eso temías que Curtis le dijese a su padre que estaba con el doctor Staff, ¿verdad?

—Sí, subí a su habitación para echar una ojeada y me llevé la peor sorpresa de mi vida al ver que era el hijo del doctor Curtis.

—¿Y por qué temías que lo hubiesen suplantado?

—Fui expulsado de la Universidad por comerciar con los cadáveres que robaba del cementerio. Me quitaron el título. Por eso necesitaba un joven estudiante para que curase a los accidentados, ya que yo sabía muy poco de ello.

Habían llegado junto al coche y Red subió delante.

—Vamos a detener a los otros. El director y...

—¿Su hija?

—Catty no es culpable. Ella no hizo más que obedecer a su padre, al que creía empeñado en la lucha contra los verdaderos ladrones de diamantes.

Stanley sonrió.

—¿Te interesa la muchacha?

—Desde luego. Para ella será un golpe terrible, pero quiero ser yo quien le ayude a olvidarlo.

—¡Pobre muchacha! ¡Y pensar que, sin saberlo, te iba a hacer caer en la trampa de la visita a la mina!

—Se lo perdono.

Hubo una pausa, que fue rota por Red.

—Daría cualquier cosa por saber cómo sacaban los diamantes de aquí.

—Nos lo va a decir Benson ahora... ¿verdad, granuja?

—Sí —lloriqueó el falso Staff—. Yo sacaba y entraba vísceras haciendo ver que me dedicaba a la histopatología. Pero en las vísceras que sacaba untaba grasa de plomo en ciertas partes, haciendo creer a los del control que eran coágulos.

—Y dentro de esos falsos coágulos iban los diamantes, ¿no es cierto?

—Así era... el control no podía revelar con los rayos X lo que el plomo les ocultaba.

—¡Muy ingenioso! —exclamó Red—. Y pensar que llegué a dudar de que las vísceras servían para esto.

—Hay algo más —dijo Stanley—. Seguro que no sabes de dónde tomaban los diamantes para esconderlos en las vísceras, ¿verdad?

—No; no lo sé. Y no me lo explico, ya que todo el mundo que entraba en la zona de los yacimientos llevaba el famoso aparato que contaba los diamantes encontrados. ¿Cómo lo hacían?

—De una manera sencillísima: los cogían de la caja fuerte del director. Ya sabes que éste no estaba autorizado a sacar más que el número que el Consejo Mundial le ordenaba, para no desvalorizar el mercado de las gemas...

—Entiendo. Nadie llevaba control de las reservas, puesto que los diamantes de la caja, por no estar en circulación todavía, no tenía ningún valor comercial.

—Así es.

Una nueva pausa se estableció entre ellos.

Después Stanley añadió:

—Quería decirte algo, chico.

—¿Qué?

—¿Sabes que has demostrado ser un tipo valiente?

—He hecho lo que he podido.

—¿Qué te parecería venir con nosotros?

—¿Qué quiere decir?

—El “Viejo” estaría encantado de que formases parte de la SIP. ¿Qué te parece?

Curtis sonrió.

—Lo siento amigo. Y ya puede creermelo, pues, para mí la SIP es algo maravilloso... siempre lo fue. Pero lo he pensado mejor y voy a dar una alegría a dos seres.

—¿A quién?

—A mi padre, volviendo a su lado para hacerme cargo de su clientela, cuando termine mis estudios. Y a la muchacha más maravillosa de la Tierra y sus planetas vecinos... pidiéndole que sea mi esposa. ¿Qué le parece?

—Una maravillosa solución, amigo.

—¿De verdad?

—Con toda sinceridad.



Desde el principio de la navegación espacial, cientos de
astronaves habían desaparecido sin que pudiera hallarse su
paradero.

¿DÓNDE ESTABAN?

¿QUÉ HABÍA SIDO DE ELLAS?

REMOLINO EN EL CIELO

¡UNA TEORÍA NUEVA ACERCA DE LAS FUERZAS
MISTERIOSAS QUE ACTÚAN SOBRE LOS HOMBRES Y LAS
MÁQUINAS EN EL ESPACIO!

REMOLINO EN EL CIELO

Intrigante...

Sugestiva...

Emocionante...

¡En cada una de sus páginas!

¡UN REGALO DE HORAS FELICES!

GENTE ALEGRE

Del gran escritor americano

ROBERT TALLANT

La absurda y un tanto obesa señora Candy, el tímido e Inocente señor Petit, los turbulentos Blanche y Eddie y el imponderable fantasma del señor Candy son personajes que bajo el irisado prisma de un humor brillante y efectivo, desfilarán para usted en las alegres páginas de este magnífico volumen.

ASÍ QUE LO HAYA USTED LEIDO, LA VIDA LE PARECERA MAS ALEGRE. EL CIELO MAS AZUL, LAS FLORES MÁS FRAGANTES Y SU VECINA MAS GUAPA.

No importa que ría usted con risa de conejo...

SI SE RIE USTED CON ESTE DIVERTIDO LIBRO... ¡TODAS LAS RISAS SON BUENAS!

Precio: 60'— ptas.

Es una selección literaria de
EDICIONES TORAY, S. A.



¡USTED SENTIRÁ EN SU OÍDO EL ARDIENTE ZUMBIDO DE LOS TEMIBLES
«COLTS»...!

Porque usted leerá emocionado las narraciones de! Oeste de más impresionante realismo.

Colección RUTAS del OESTE

Hombres tenaces, cínicos granujas» aventureros andaces y mujeres de temple y de abnegada entereza, dejaron en las polvorientas rutas de aquel país que estaba naden do, la esperanzadora semilla de una nueva civilización.

Colección RUTAS del OESTE

USTED YA SABE QUE LA LECTURA DE TODOS SUS VOLUMENES ES UNA EMOCIÓN E INTERÉS SIN PRECEDENTES.

PERO SI LO IGNORA TODAVÍA...

¡HAGA USTED LA PRUEBA AHORA MÍSMO!

Alguna VEZ, AL DESPERTAR POR LA MAÑANA SE HABRÁ USTED PREGUNTADO...

¿QUÉ SIGNIFICA LO QUE HE SOÑADO ESTA NOCHE?

¿POR QUÉ LO HE SOÑADO?

LOS SUEÑOS

SU EXPLICACIÓN Y SIGNIFICADO

por NUSAN (2.^a edición)

Prólogo de A CHILLE D'ANGELO

("El Mago de Nápoles")

La interpretación y explicación de los sueños constituye, como la quiromancia, una de las ciencias más positivas y notoriamente aceptadas.

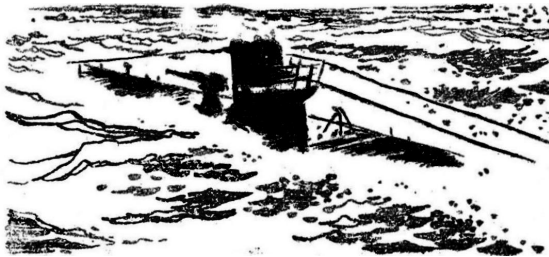
Esta INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS es, realmente, una obra digna y positiva, que presenta su compilación como base de investigación científica y ofrece la experiencia y convicciones del autor, gran estudioso y entendido en esta apasionante materia.

Con esta obra usted comprobará que la significación de sus sueños y pesadillas no es, frecuentemente, la que usted supone. Sus páginas abrirán a su espíritu interrogante todo un mundo de revelaciones y experiencias que definirán sus ocultas emociones y serán fruto de enseñanza para su porvenir.

Un tomo de 224 PÁGINAS

Pídalo en todas las librerías y a Ediciones Toray, S. A.,

Teodoro Llorente, 13 – Teléfono 35 60 00 - Barcelona



Bajo la lluvia destructora de las mortíferas armas modernas...

Surcando el cielo en los modernos aviones; buceando con los más atrevidos ingenios las procelosas aguas de los mares...

Aguardando la muerte en el fondo embarrado en una trinchera...

EL HOMBRE CONSERVA TODAVÍA EN SU ALMA LA FLOR INMARCESIBLE DE LA ABNEGACIÓN, DE LA INTEGRIDAD, DEL AMOR A LA PATRIA Y DEL SENTIDO DEL DEBER.

Colección HAZAÑAS BÉLICAS

Le ofrece los más emocionantes relatos llenos de VERISMO, INTRIGA Y VIOLENCIA, pero...

SUS PROTAGONISTAS, HUMANOS, DECIDIDOS Y VALEROSOS, LUCHAN SIEMPRE AL SERVICIO DEL BIEN, EN DEFENSA DEL OPRIMIDO Y CON LA ESPERANZA DE UN MUNDO MEJOR.

Colección HAZAÑAS BÉLICAS

Narraciones de avasalladora y palpitante actualidad que usted leerá emocionado y con el ánimo en suspenso.



¡UNA HISTORIA DE GUE-RRRA RELATADA EN EL CRATER DE UN OBUS!

EL AGUJERO

Por

MICHEL TAURIAC

*Gran Premio Literario
de Indochina.*

La historia de un grupo de adolescentes sumergidos en el rugiente agujero de la guerra, con los pies en el barro y la mirada en las estrellas.

EL AGUJERO

Un relato de guerra distinto a todos. Un argumento lleno de poesía y sensibilidad, con escenas de crudo realismo y patética emoción, que tiene como fondo la trágica epopeya de las fuerzas francesas en Indochina.

250 páginas formato 13'5 x 20'5

Precio: 60 ptas.

Pídalo en todas las librerías y a

EDICIONES TORAY, S. A. - Teodoro Llorente 13

BARCELONA

COLECCION
DOCUMENTALES – DEL MUNDO



¡ENTÉRESE USTED, EN FORMA AMENA Y AGRÁDABLE, DEL VERDADERO, CÓMO Y PORQUÉ DE LOS GRANDES ACONTECIMIENTOS MUNDIALES!

SEPA USTED EXPONER LOS AUTENTICOS MOTIVOS DE TAN IMPORTANTES SÚCESOS CUANDO HABLE DE ELLO CON SUS AMISTADES.

¡HE AHÍ TRES MAGNÍFICOS LIBROS!

El Japón en la era americana
Por EDMUND W. EALLOT

¡Los frutos de la labor americana ante un país milenario!

Alemania, hora cero
por WALTER O. KNIITEL,

¡La verdad sobre la caída y resurgimiento de los alemanes!

Formosa, las tentaciones de la guerra
Por FERNAND GIGON

**¡El último reducto de Chiang-Kai-Chek,
frente a unos poderosos, intereses!**

¡MAS DE 200 PAGINAS CADA VOLUMEN, DE ELLAS 40 DE FOTOGRAFÍAS EN PAPEL CUCHÉ. FORMATO 18x24, ESPLÉNDIDAMENTE PRESENTADOS, CON SOBRECUBIERTAS EN COLOR!

¡Una Joya para su biblioteca! Por sólo 50 pesetas ejemplar

- 40.— Garras invisibles.— *W. Sampas*
- 41.— Cráneo de plata.— *Johnny Garland*
- 42.— Rejas de arena.— *Alan Star*
- 43.— El signo de la momia.— *Johnny Garland*
- 44.— Fuego mortal.— *W. Sampas*
- 45.— Policía podrida.— *Alan Star*
- 46.— El planeta negro.— *Johnny Garland*
- 47.— ¡Llega el Ku-Klux-Klan!— *Alan Star*
- 48.— La plaga azul.— *Johnny Garland*
- 49.— Agente femenino.— *W. Sampas*
- 50.— Cadáver en el espacio.— *Johnny Garland*
- 51.— La banda de los nictálopes.— *W. Sampas*
- 52.— ¡Callowan culpable!— *Alan Star*
- 53.— ¡S.I.P. contra la ley!— *Johnny Garland*
- 54.— Un gangster en la S.I.P.— *Alan Star*
- 55.— Tela de araña.— *W. Sampas*
- 56.— Trampa para caballeros.— *Alan Star*
- 57.— ¡S.O.S., Tierra! — *Johnny Garland*
- 58.— Tráfico inhumano.— *Alan Star*
- 59.— “*Space Boys*”.— *W. Sampas*
- 60.— El supercerebro.— *Johnny Garland*
- 61.— Locura dirigida.— *Alan Star*
- 62.— Póquer de damas.— *Alan Star*
- 63.— Cadáveres incompletos. — *W. Sampas*



El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¡Una muerte fatal a un kilómetro de altura, sobre la estructura metálica de la más alta torre que el hombre había levantado!

ASESINOS EN LA TORRE

¡La más sorprendente novela de W. SAMPAS!

S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

EDICIONES
TORAY, S.A.

En Argentina: 9 pesos